CULTURA CHILENA

EUSEBIO LILLO

POESÍAS

Introducción de
don CARLOS SILVA VILDÓSOLA

NASCIMENTO
1923

Con don Eusebio Lillo

Tocamos con temor el timbre eléctrico de la puerta. A lo lejos sonó la campanilla como en un convento vacío, y ningún eco respondió durante largo rato. Hasta nosotros llegaban apagados por la distancia los gorjeos de algunos pájaros y mirando al través de la mampara con vidrios de colores, se veía el follaje de los viejos naranjos y las secas enredaderas.

De pronto una cerradura sonó cerca de nosotros, y un señor de caballeroso aspecto, algo así como un veterano de la guerra en traje civil, se adelantó llevando en una mano sus anteojos y levantando la otra con amistoso saludo:

—Supongo que ustedes me buscan a mí—dijo con voz musical y entera—en esta casa no vivo sino yo...

Era don Eusebio Lillo. Un caballero que bien po-

día vestir el frac de los románticos, alto de cuerpo, de cabeza llena de vigor, echada atrás en ademán de algo altivo pero con la más franca y amable mirada de anciano.

Fuimos introducidos a un amplio salón, al cual se colaba por la abierta ventana un rayo de sol en cuya faja luminosa bailaban su zarabanda las pelusas y el polvo levantado en la alfombra. Un viejo salón de esos que hemos visto visitando a los abuelos los domingos en la tarde.

Ningún mueble frágil, ningún *bibelot* moderno, ningún candelero con contorsiones enfermizas, ninguna estatua de celuloide o de papel *maché*... Algunos grandes cuadros antiguos de escuela italiana, varios sillones mullidos con los brazos abiertos en hospitalaria actitud y un silencio de abadía, mejor dicho de sacristía.

Alargamos una carta de introducción. El señor Lillo la llevó a sus ojos, con un ligero temblor en el pulso, y después de leerla, nos quedó interrogando con la mirada. Seguramente registraba sus recuerdos y torturaba la memoria para tratar de saber qué podía llevarnos a su asilo.

La explicación fué larga. Se trataba de entrevistarlo. Se hizo repetir la palabra. Apenas abarcó nuestro proyecto extendió la mano como para detener un peligro inmediato.

—«Caballeros, nos dijo, mi casa toda entera es de ustedes. Mis libros, mis cuadros, mis papeles son para ustedes. Alejen mi persona; si no hubiera pa-

sado los setenta años no sería una curiosidad como parezco ser ahora para ustedes. Yo he muerto, entiéndanlo bien, he muerto. Deseo que todos me olviden y no deseo poner gran esfuerzo en esto, porque realmente me han olvidado. Deseo que me olviden...hasta las mujeres, caballeros! Mi casa está sola, yo solo vivo en ella, y mis pasos suenan sin eco en el jardín...Pueden venir a toda hora, en todo momento; pero no a ocuparse de mí».

Y tomando calor, prosiguió:

—¿Por qué no hablan de Diego Barros, cuya personalidad se impone como un astro de primera magnitud? Aún ahora escribe con vigor, aún hoy día trabaja como hace cuarenta años...Por qué no van hasta el modesto retiro de... (aquí nombró a un respetable anciano) que ha educado tantas generaciones, que ha hecho el bien, que ha escrito libros, sería un rayo de luz en una tarde triste. Nadie lo recuerda, nadie lo rodea, nadie repite su nombre. Por qué no ven a ...(otro anciano distinguido) poeta inspirado, servidor público, hombre de corazón y de espíritu! Está hoy día pobre y vive solitario... Esa sería buena obra, santa obra! Pero yo! Me hablan de la Canción Nacional... Antigua historia! Son los setenta años los que los trae hasta aquí caballeros. Y en calidad de viejo no soy el único.

Pero ustedes me hablan además de mis cuadros. Eso es otra cosa: son mis amigos.

Y poniéndose de pie nos guió a través de aquella sala y de otras y otras, en todas las cuales había

cuadros al óleo, acuarelas, pasteles, un verdadero museo formado por un *amateur* de un gusto exquisito, por un viajero refinado, por un artista con un sentimiento profundo del arte, de lo bello, de las plácidas emociones que causan aquellas obras.

Donde la casa hace esquina, hay una salita pequeña contigua al dormitorio y en un rincón, junto a una ventana que mira al poniente, hay una mesa de palo, sin pretensiones de escritorio, cubierta por un tapete semejante a los que se veían en las viejas escribanías y toda llena de papeles, de libros, con las huellas del trabajo. En otro lado hay un amplio diván... el de las siestas, pensamos nosotros.

Como le preguntáramos si aquel era su rincón favorito, el señor Lillo, temeroso de todo momento de hacer *pose*, y sinceramente perturbado por aquella intrusión en su vida, dijo:

—Yo no tengo rincón favorito, trabajo a veces aquí y otras en la biblioteca. Pero no miren ustedes esta mesa porque está toda revuelta. Es una vergüenza, pero cuando dejo un papel sobre la mesa ya nunca más vuelvo a saber donde está. Parece que los papeles se esconden solos. Jamás he podido curarme de este mal hábito del desorden.

—Vean este libro que es curioso—añadió cambiando de conversación y resuelto a no hablar de su persona—es una obra sobre San Martín que acaba de publicar en Buenos Aires, Carranza, el director del Museo. Es una colección de cuanto grabado u objeto de cualquiera naturaleza hay por ahí sobre

el general San Martín. A mí me interesa, porque la personalidad de San Martín me entusiasma. Siempre le he encontrado una superioridad moral e intelectual muy grande entre los Padres de la Patria.

Por la ventana entraba el sol llenando de alegría la salita y los átomos de la luz vibraban en torno de la noble cabeza echada atrás en el sillón de mimbre. El señor Lillo hablaba con entusiasmo de joven, refería sus últimos estudios, sus lecturas de historia nacional. Aquel espíritu vigoroso y en plena actividad vive siempre enamorado de su país, de su historia, de sus glorias pasadas y de sus progresos presentes.

—Véanlo todo, siguió diciendo cuando proseguimos nuestra peregrinación a través de la casa. Ya les he dicho que tomen posesión de esta casa. No hay más que cosas viejas y mucha voluntad para los amigos.

Y salimos al jardín enmarañado, donde los jazmines se enredan en el tronco de los naranjos cargados de frutos, donde los magnolios y otros árboles que recuerdan los antiguos patios santiaguinos, hacen sombra y permiten que brote el musgo en los senderos, donde una fuente de mármol está allí medio oculta entre el follaje, donde hay ese misterio de los viejos jardines que el jardinero no profana a cada rato con la tijera, sino que crecen exuberantes como la naturaleza misma.

—En la primavera esto es bonito, hay muchas flores y algunos árboles frutales. Ahora no hay nada

que ver. Allá está mi gallinero. Es toda mi familia y por cierto que cumple bien sus deberes y proporciona elementos para la mesa... añadió riendo.

Tomando el sol en el jardín, hablamos de la Canción Nacional, tratando de llevar al poeta a los temas que nos interesaban, aun cuando con muchísima cortesía y habilidad se nos escapaba de lo que tenía relación con su persona.

—Yo no quería escribirla—dijo—pensaba que un Himno Nacional no se debe cambiar. La de Vera era hermosa y representaba el período heroico de nuestra historia. Comencé por esto a escribirla sin ganas y esto se nota en la primera estrofa que es forzada, que no tiene soltura ni movimiento...y buscó en su memoria la estrofa para repetírnosla, como titubeando...

—*Ha cesado la lucha sangrienta*... dijimos nosotros.

—Sí, eso es, yo tengo ya olvidado eso. Conservé el coro de Vera, por supuesto. Y después de la primera estrofa, sentí que la cosa iba más fácil y más espontánea. Esto se nota muy bien leyendo la canción. La primera estrofa es la peor de todas.

—Indudablemente, usted escribe poesías todavía.

—No hace mucho tiempo tuve otra vez esa fiebre y escribí algo. Durante quince años creí que la fiebre no volvería, que había pasado para siempre, pero volvió. Yo sentía que aquello no volviera, porque me entretiene, pero por otra parte, es lo propio de la edad que eso pase.

Y como siempre que llevábamos la conversación a su persona el amable poeta nos hizo movernos y cambiar de conversación.

—Ustedes me hablan de retratos míos, dijo deteniéndose ante un *boule* sobre el cual había un gran álbum. Aquí hay uno del año 52.

Era una antigua fotografía del señor Lillo con el frac, el cuello alto y el corbatín de la época.

La hermosa cabeza romántica se habría podido tomar por la de alguno de los hombres de la revolución de Julio, por alguno de los amigos de Lamartine. Los entusiasmos políticos y literarios de aquellos días parecían haber impreso en la fisonomía viril, soñadora, aristocrática, un sello peculiar.

—Esta fotografía fué hecha en el primer establecimiento de esta clase que hubo en Santiago. Estaba en la calle de la Compañía, en una casa de la familia Iñiguez que fué derribada para hacer la plazuela donde ahora está el monumento Montt-Varas, en la esquina de Morandé. Era de un francés.

Hojeamos el álbum lleno de fotografías de aquella misma época y desfilaron los hombres ilustres compañeros y amigos de Lillo. El poeta nos decía sus nombres, nos refería anécdotas, sacaba del fondo de su memoria, frescos, vivos, animados, llenos de color y de intención, los recuerdos de sus mocedades. Pasaron así Lastarria, los hermanos Amunátegui, Santa María, Taforó, Bilbao, don Andrés Bello, doña Mercedes Marín de Solar, y otros y otros, mezclados con personalidades menos célebres, que

obtuvieron su boga un día y cuyos nombres no han llegado hasta nosotros.

—Este—decía el señor Lillo señalándonos el retrato de un elegante de ese tiempo—era de los que se dice que tienen el cachito de queltehue. Es una vieja expresión con que designábamos a los que se creen irresistibles. Reconocen ustedes a este...a ver ...mírenlo bien...es Diego Barros. Ha sido siempre el mismo, estudioso, encorvado antes de tiempo por el trabajo incesante, muy alto y delgado. Recuerdo que cuando éramos muchachos nos paseábamos en la Alameda y solíamos verlo pasar, tan alto, tan serio, tan lleno de sus estudios y de su labor. Y le gritábamos: «Apéate, Diego» ¡Qué obra la que ha hecho este hombre! Es una honra para el país. Aquí están los Amunátegui y, el del medio, es Domingo Santa María. Fíjese en la diferencia entre lo atildado, lo rebuscado para vestirse que era Santa María cuando joven, y el aire de los Amunátegui, sencillos, prematuramente graves...

A medida que los recuerdos acudían a sus labios, la fisonomía del señor Lillo se iluminaba, la blanca cabellera se nos aparecía como iluminada por el crepúsculo de sus recuerdos.

Recorrimos todavía otras salas, todas llenas de telas valiosas, cuadros de tela holandesa, italianos de la escuela de Tiépolo, franceses modernos, españoles discípulos de Fortuny y algunos chilenos entre los cuales recordamos «La Perla del Mercado» obra maestra de Valenzuela Puelma.

—Aquí tengo muchas colecciones de diarios antiguos—dijo el señor Lillo, señalando los estantes de su biblioteca—Si les pueden servir de algo, están a sus órdenes. Es siempre curioso registrar esas colecciones.

Recorriendo al pasar la biblioteca, pudimos cerciorarnos de que el ilustre poeta sigue el movimiento literario contemporáneo y tiene entre sus libros lo mejor entre lo más bueno de nuestros días.

Al fin de la serie de salones que abren unos sobre otros, está el comedor con sus muebles oscuros y en el centro una mesa donde el amable dueño de casa nos invitaba a servirnos dulces y una copa de vino generoso.

Allí charlamos todavía deliciosamente con el señor Lillo.

—Tal vez estamos quitándole su tiempo...

—¿Quitarme el tiempo? No, señor! Yo soy un ocioso clásico, no tengo absolutamente nada que hacer y nunca he tenido mucha afición al trabajo.

—Sí, eso será ahora, pero su juventud fué bastante agitada por la política.

—Oh! es cierto que durante unos pocos años me ví mezclado en esa clase de emociones. Pero fué muy poco, y sobre todo, nunca he sufrido nada, nadie me ha hecho daño, ni me ha molestado.

—Pero a usted lo desterraron el año 49...

—Sí, en el mes de Noviembre de ese año el Gobierno me relegó a Chiloé, es decir, que me mandaron a veranear a esa isla donde había entonces una temperatura deliciosa. Me ordenaron residir en Castro,

donde me trataron muy bien y pasé muy agradablemente. Recuerdo que tomé una casa en la plaza de Castro, donde me trataron muy bien, pagando cuatro pesos al mes por el arriendo. Imagínense ustedes lo que era el costo de la vida entonces en aquella ciudad: después me dijeron los vecinos que me habían hecho leso, que esa casa sólo valía veinte reales. Los chilotes eran entonces gente muy buena, hospitalaria y aun los pobres tenían ciertos hábitos de limpieza y de orden en el arreglo de sus habitaciones. Volví a Santiago a principios de Abril del 51, precisamente a tiempo para verme mezclado en el movimiento revolucionario del 20 de ese mes. Entonces la cosa se puso un poco más seria y como supe que el Gobierno tenía intenciones de echarme la mano encima, anduve por ahí a salto de mata y logré embarcarme para el Perú en un bergantín donde hice una navegación malísima, sufriendo mucho a bordo. Fuí condenado a muerte y esto me obligó a permanecer algún tiempo fuera del país. Después puede decirse que no me he mezclado en la política.

—¿Y el Ministerio Lillo, de Balmaceda?

—Ah! eso fué una salida que hice obligado por el Presidente a quien yo debía amistad y que me pidió con mucha insistencia que lo acompañara en aquel momento. Pero yo no iba allí a hacer política, como que no tenía ninguna significación en ese campo. Se trataba de servir al país y a un amigo por unos pocos meses.

Llegaba el momento de despedirnos. Las horas

habían pasado sin sentirlas bajo el encanto de la conversación de aquel hombre lleno de los recuerdos del que ha vivido mucho, y que no ha perdido la frescura de los que comienzan a vivir.

Era una conversación, imposible de reproducir, nerviosa, variada, salpicada de chistes, con la voz musical y el gesto amplio, elegante, oratorio del señor Lillo.

Con esa hospitalidad llana y verdaderamente señorial que recuerda otros tiempos, todavía al salir y después de habernos abrumado con sus atenciones, nos pedía excusas y nos hablaba de la soledad de su hogar,

—Tienen mucho que disculpar. En esta casa no hay mujer y hace mucha falta. Se necesita una mujer para que pase su mano sobre todos los detalles y haga agradable el hogar. Pero ya saben ustedes que esta casa les pertenece. Vuelvan cuando quieran me darán un verdadero placer. Les repito que a mí no se me quita tiempo. Tengo un gusto muy grande.

Y en el mismo zaguán donde nos había recibido, allí nos despidió, y alejándonos por la calle solitaria, donde la primavera está haciendo crecer la hierba entre las piedras, veíamos todavía la silueta del ilustre escritor, de pie en su puerta, conversando con un viejo amigo que en esos momentos lo visitaba, con su espléndida cabeza bañada de sol y en la cual bajo las canas hay tanta juventud y tanta bondad.

CARLOS SILVA VILDÓSOLA.

Septiembre de 1905.

FLORES

EL JUNCO

Pálida flor, cuya marchita frente
Al soplo de las auras se doblega,
Mientras te arrulla el juguetón ambiente
Y entre tus hojas bullicioso juega:

Pálida flor, que vives descuidada
Sin alzar tu cabeza entre las flores...
Siempre fija en la tierra tu mirada
Con la expresión que imprimen los dolores:

Díme ¿qué tienes?.. Cuando el sol dorado
Posa en los cielos su divina planta,
Cuando da luz al suelo fatigado...
¿Por qué, dime, tu faz no se levanta?

O cuando en brazos del fugaz ambiente
Se va a ocultar el sol allá en los mares...
¿Por qué no elevas tu preciosa frente
Y dejas a tus plantas los pesares?

Tal vez doblega misterioso peso
Tu frente juvenil, pero marchita,
Y en tu faz donde el aura imprime un beso
Alguna maldición tienes escrita.

Tal vez en esa fuente pasajera
Que a tus plantas espléndida murmura,
Mientras lamen tu pie leve y ligera,
Te gozas en tu pálida figura.

O quizás orgulloso con tu traje
No elevas nunca la figura bella,
Por no ver otra flor que te aventaje...
Sin que pudieras competir con ella.

O tal vez te imaginas que doblando
Con mustia faz tu amarillenta frente,
Te ves más lindo...y en murmullo blando
Viene el aura a mecerte muellemente.

Tal vez...más no...tu pálido capullo,
Se abre y se dobla misterioso al suelo,
No porque encierres, linda flor, orgullo,
Sino que es ley que te impusiera el cielo.

Que en esa frente que nació doblada
Amor su aliento celestial sujeta,
Porque a tu pie se eleva enamorada
Reclinada en tu tallo la violeta.

Con ella vives... un común aliento
Os enlaza...bellísima pareja,
Tal vez...¿quién sabe si te da un acento,
Mientras la mandas tu sentida queja?

Tal vez en el lenguaje de las flores
Habláis los dos en plática amorosa,
Y respiráis envueltos en amores...
Y un suspiro mandáis a vuestra hermosa.

Quién sabe si en la noche fugitiva
La servís de dosel del aire frío,
Y cuando el alba se levanta altiva
La derramáis purísimo rocío.

Quién sabe si las flores tus vecinas
Que se alzan en el prado candorosas,
Tus pláticas escuchan peregrinas
Y después te contemplan envidiosas.

Mientras que tú con lánguida terneza
Buscas la flor que alegre te convida,
Y ansioso doblas tu gentil cabeza
Para dejar un beso en tu querida;

. . . . . .

Mas ¡ah! no puedes, que tu faz no alcanza
A unirse con el cáliz de tu bella...
Y entonces se marchita tu esperanza
Y viertes una lágrima sobre ella.

Y *ella* también ansiosa se levanta
Por elevarte sus moradas flores...
Más ¡ay! por siempre quedará a tu planta
Para darte sus lágrimas de amores.

. . . . . .

¿De qué te sirve, ¡oh junco! contemplarla
Y en su cáliz mirar un amor tierno,
Si cuando luchas por un beso darla
Encuentras el martirio de un infierno?

¿De qué te sirve la pasión inquieta
Que bulle entre tus petálos prendida,
Si apartado te ves de la violeta
Que miras a tus pies desfallecida?

. . . . . .

Por eso tan tristísimo levantas
Tu verde tallo entre las bellas flores,
Y por eso reclinas a tus plantas
Tu frente marchitada de dolores;

Por eso creces tan desnudo y triste
Y en tu seno tan pálido y sombrío
Cuando su traje la mañana viste
Derrama apenas su fugaz rocío...

Y a la par de tu lánguida violeta,
Lloras talvez tan angustiada suerte
Y en la desgracia que te agita inquieta
Prendes una esperanza. . . y es la muerte.

¡Morir!. . . más vale la muerte
Con su pisada altanera,
Que vivir de esa manera. . .
Que amar y morir de amor;
Vale más, flor maldecida,
Verte del tallo arrancada,
Que así caerás desgajada
Sobre tu querida flor.

Y no importa. . . si al mirarte
Sin vida. . . la suya exhala,
Si la muerte los iguala
Y van juntos a rodar.
Que allá entre el polvo que eleva
Revoltoso torbellino,
Enlazados. . . el camino
Podréis felices cruzar.

. . . . . .

Y tal vez habrá otro mundo
Donde renazcan las flores
Con más hermosos colores,
Con vistosa brillantez.

Y allí los dos, más amantes
Renaceréis dulcemente...
Alzando entonces la frente
Sin pálida languidez.

Allí crecerá preciosa
Tu linda y pura violeta
Mientras tu tallo sujeta
Su débil tallo gentil.
Y allí viviréis felices...
Los senos entrelazados...
Y os mecerá enamorados
Volando el aura sutil.

Allí servirá tu tallo
A tu violeta de escala
Que desplegando su gala
Iráte leve a besar;
Y tú, junco, entre tus hojas
Lleno de amor la encadenas...
Y para siempre sin penas
Veréis la vida volar.

.....
.....
Sufre mientras tanto...sufre
Esa amorosa agonía,
Que al fin lucirá otro día
Y otro porvenir con él.

Y entonces gozando, junco,
Al lado de tu querida,
Verás volarse la vida
Del amor bajo el dosel.

También yo sobre el mundo de amargura
Doblé mi frente al peso del amor,
Y un rayo débil de fugaz ventura
Reluce apenas con dudoso albor.

También yo aliento la cansada vida
Envuelta entre la duda y el pesar,
Y apenas la esperanza bendecida
Viene sobre mis huellas a cruzar.

Tú vives, junco, al lado de tu bella
Mandándola siquiera un sonreir;
Desgraciado de mi que lejos de ella
Sufro sin ver sus ojos de zafir.

Tú sabes que te adora tu querida,
Yo dudo delirando de mi amor;
Para vosotros es común la vida,
Yo solo tengo mi tenaz dolor.

Tú, si doblegas tu amarilla frente
Al seno de tu flor descenderás;
Mientras que yo diviso tristemente
Mi tumba a un paso y mi dolor detrás.

Tú, en fin, como tu cándida hechicera
Eres igual pues que naciste flor...
Mi bella es angel de la azul esfera
Y yo tan sólo un infeliz cantor.

. . . . . .

. . . . . .

Reclina, junco, tu marchita frente,
La mía yo también reclinaré...
Tal vez con otro día y otro ambiente
Sus placeres amor al fin nos dé.

A LA VIOLETA

Flor humilde que envuelta entre la bruma
Del invierno glacial alzas la frente,
Y en cuyo débil seno se perfuma
El bullicioso juguetón ambiente.

¿Por qué, díme, te ostenta la pradera
Tan solo del invierno en los rigores
Y huyes de la risueña primavera,
Madre gentil de las hermosas flores?

Al mirarte perdida entre tus hojas,
Como sufriendo por haber nacido,
Pienso, modesta flor, que las congojas
El delicado seno te han herido.

Eres hermosa y tienes perfumados
Aromas que te envidian otras flores,
¿Por qué, pues, apareces en los prados
En la triste actitud de los dolores?

Acaso, flor querida, suerte acerba
Te hace sufrir intensas desventuras,
Acaso con brotar entre la yerba
Algún fiero dolor ahogar procuras.

Tal vez tu seno virginal encierra
Algún tenaz, punzante pensamiento,
Y al asomar entre la fría tierra
Naces ya destinada al sufrimiento.

Siempre para nacer buscas, violeta,
Las solitarias sombras del boscaje
Y en las orillas de la fuente inquieta
Extiendes con más pompa tu follaje.

¿Te place acaso contemplar tu frente
En el agua fugaz que te refleja,
O el aire humedecido de la fuente
Más dulces besos en tu cáliz deja?

¿Acaso por orgullo, flor hermosa,
Naces cuando no nacen otras flores
Porque el aura que buscaste amorosa
No confunda con otros tus olores?

Díme si ese orgulloso sentimiento
Te hace nacer aislada y escondida,
O si fiero y oculto sufrimiento
Se encierra en el misterio de tu vida.

Díme si sufres al pensar que breves
Pasarán tu perfume y tu existencia,
Y que las auras que hoy te halagan leves
Te arrastrarán mañana sin clemencia:

O díme si en tu seno perfumado
Arde la llama del amor constante,
Y si al brotar, violeta, sobre el prado
Naciste al mismo tiempo flor y amante.

Yo al contemplarte tan hermosa, creo
Que un afecto amoroso te avasalla
Y que por eso florecer te veo
En las praderas donde el junco se halla.

En los desnudos campos del invierno
Cercana al junco, bella flor, te miro,
Que el afecto de amor sencillo y tierno
Busca siempre el misterio y el retiro.

Y pienso que floreces combatida
por los soplos de recios vendavales,
Por no encontrar en tu amorosa vida
Ni flores envidiosas, ni rivales.

Débil violeta, si las bellas flores
Viven en el calor del sentimiento,
Si en su seno de vívidos colores
Encierra amor su bienhechor aliento.

Feliz serás, si al asomar perdida
En la extensión de la húmeda pradera,
Hallas, para el encanto de tu vida,
Una amorosa flor por compañera.

Sólo para ella el tímido capullo
Entreabrirás al despuntar la aurora
Y el suave aroma que te inspira orgullo
La enviarás con el aura, encantadora.

Por ella, cuando el soplo del ambiente
Sacuda tu gentil y fresco manto,
Elevarás la pudorosa frente
De los goces de amor bajo el encanto.

Flores dichosas, el fatal destino
Que nos lleva al morir desde la cuna,
Os traza con piedad solo un camino
Y nuestras vidas confundís en una.

La madre tierra unidas os sustenta,
El sol os dora, el aire os entrelaza,
Unidas os sorprende la tormenta
Y enlazadas también os despedaza.

Y así, violeta, con tu amante vives
Y tu existir en su existir concentras:
Cuna común para nacer recibes,
Tumba común para morir encuentras.

Amar desde el nacer hasta la muerte
Y amar con un amor correspondido,
Es ser feliz. Envidio, ¡oh flor! tu suerte
Yo que por tanto amar, tanto he sufrido.

A UNA RESEDA

Flor modesta que levantas
Del suelo apenas la frente,
Que con tu olor nos encantas
Y embalsamas el ambiente
¿Díme flor sencilla y pura,
Qué hermosura
Te ha dado tan suave olor?
Díme, ¿qué angélico aliento
Dió a tu cáliz ceniciento
El aroma del amor?

Tu fragancia pura y suave,
Reseda, flor de las flores,
Mitigar la pena sabe
Del que pena por amores;
Y el alma que sufre un día
La agonía
De la duda en el amar,
Halla en tu suave fragancia
Más amor y mas constancia
Y esperanza en el penar.

Tal vez, flor, alguna bella
Que amante y fiel adoraba,
Su ardiente y dulce querella
Sobre tu seno dejaba;
Por eso al fiel y constante
Tierno amante
Le das esperanza y fe;
Por eso es tu dolor preciado
Como el recuerdo pasado.
De un tiempo que feliz fué.

Tu cáliz de aromas lleno
Busca risueña la hermosa
Y en su misterioso seno
Bella y sencilla te posa:
¿Quién cual vos, flor hechicera
Se durmiera
En un seno encantador;
Y del corazón querido
Escuchara algún latido
Lleno de fuego y de amor?

Grata flor, a tu hermosura
Se alza hoy mi sencilla trova,
En alas del aura pura
Que tus olores te roba:
Reseda, si amor abriga
El corazón de la amiga
Que tu aroma me ofreció·

Que en sus amantes desvelos
La des plácidos consuelos
Nada más te pido yo.

Entre tanto el aura mansa
Te columpie placentera;
Y si en tu seno descansa
Te rice blanda y ligera;
Y la cristalina fuente
Transparente
Bañe tu pie, resedá
Y parias rindan las flores
A los plácidos olores
Que tu lindo seno da.

A UNA MADRESELVA

Prendida apenas de esa verde rama
Te columpias, hermosa madreselva,
Y porque el aire con amor te envuelva
se abre tu cáliz y su olor derrama.
Bien se conoce que el amor te inflama,
Pues es mucho que a tanto se resuelva
La que es reina del prado y de la selva
y altiva sobre el árbol se encarama.
Tu frescura marchita el dolor fiero;
Más te reanima un ósculo perdido,
Sufro dudando siempre y solo espero
El amargo consuelo del olvido.

LAS FLORES

(En el album de la señorita....)

Hermosas en la espléndida mañana
Alzáis ¡oh flores! la hechicera frente,
Porque el aura gentil que os engalana
Venga a daros sus besos, inocente.

Ojalá que rodando placentero
En las alas del aura el canto mío,
Se prenda en algún cáliz hechicero
Como una fresca gota de rocío:

Ojalá que por siempre lindas flores
Inspiraseis mi loca fantasía...
Ojalá mis recónditos dolores
Entre vosotras adurmiere un día.

Felices sois que en el jardín precioso
Por los juegos del viento remecidos,
Sin que os turben el plácido reposo
Vuelan las horas leves y perdidas;

Felices sois que no tenéis una alma
Ni un corazón que sienta la amargura,
Vosotras bellas que dormís en calma
Mientras el aura en derredor murmura.

Felices sois que al rayo de la aurora
El seno alzáis bellísimo y galano,
Porque las perlas que preciosa llora
Venga a traeros el céfiro liviano.

Y no tenéis ni un vago pensamiento,
Ni una espina en el cáliz oloroso
Que brinde solo matador tormento
Robando a la existencia su reposo.

Felices sois... ¿pero por qué marchitas
Dobláis a veces las hermosas frentes,
Y parecéis que vegetáis malditas
Las secas hojas arrugando ardientes?

¿Por qué cerráis el seno perfumado
Y a las auras huyendo con desvío
Ni os levantan la luz del sol dorado,
Ni os refresca el purísimo rocío?

Cuando así estáis, sin duda el sentimiento
Os cubre con su manto de agonía,
Luego tenéis también un pensamiento
Una alma y una ardiente fantasía.

Luego también tenéis en esta vida
El llanto y el placer preciosas flores,
Y esa esperanza que en el alma anida
Y ese fuego que encienden los amores.

Luego tenéis pasiones roedoras
Que nuestras frentes al dolor dobleguen,
O ilusiones de amor encantadoras
Que los senos purísimos os nieguen.

Tal vez cuando columpia su albo coche
La reina de la noche limpia y grave,
Abráis del seno el delicado broche
Por recibir un beso puro y suave.

Tal vez en un lenguaje misterioso
En el jardín donde yacéis unidas,
Os mandáis con el viento voluptuoso
Pensamientos de amor, flores queridas.

Tal vez amándoos en unión divina,
Mientras la fuente vuestros pies halaga
Resbala la existencia peregrina
Y en las alas de amor tranquila vaga.

Si es cierto que abrigáis, cándidas flores,
La blanca luz de hermosa fantasía,
Si mucho gozaréis, también dolores
Vendrán a atormentaros día a día.

Mil veces miraréis al ronco viento
Tronchar el tallo de la flor querida,
Y enredarle en sus pliegues turbulentos
Y verla ¡ay! triste para siempre ida.

Otras veces veréis hoja por hoja
Arrancar el revuelto torbellino,
Y la flor bella a quien el viento arroja
Ir a cruzar el polvo del camino.

Y así tendréis en la existencia amarga
Eternos días de tristeza y llanto...
Eternos, sí, porque la vida es larga
Si la angustia la envuelve con su manto.

Mas si esperanza ¡oh flores! os asiste
Tal vez en el sufrir tendréis la calma,
Esperar y sufrir cualidad triste
Del ser que siente porque abriga una alma.

POESÍAS VARIAS

DOS ALMAS

Un alma fatigada de la vida
Por el dolor rendida
Y esclava de un destino desgraciado,
Para el mundo vivía indiferente,
Por echar, impaciente,
Su vestidura de mortal a un lado.

La gloria, cual visión risueña y pura,
Calmaba su amargura
Haciéndola fingir una esperanza;
Mas pronto esa visión desparecía;
Y en ella renacía
Más tenaz la penosa desconfianza.

¿Y a qué buscar la gloria en su carrera,
Si errante y pasajera
Iba peregrinando por la vida;
Si no tenía otra alma que, en sus penas
O en sus horas serenas,
Con ella fuese en la existencia unida?

En un día, por fin, esa alma errante,
De afectos mendigante,
Con otra alma encontró bella en extremo,
De esas que el cielo en su recinto encierra
Descendida a la tierra
Por voluntad del Hacedor Supremo.

Esas dos almas, a la dicha ajenas,
Confiáronse a sus penas,
Sus tristes impresiones se dijeron:
En el dolor hermanas se encontraron,
Se unieron y se amaron,
Y sus mutuos pesares confundieron.

El alma, antes perdida por el mundo,
En el amor profundo
Halló fe y esperanzas y consuelo;
Y aquella de los cielos desterrada
Vivió en esta morada
Y dió al olvido con su amor el cielo.

Acaso esas dos almas enlazadas
Fieles y enamoradas
Que viven con la unión del sentimiento
Sean nuestras dos almas vida mía,
Que uniéronse en un día
Con un mutuo y eterno juramento.

Indiferente al goce de la vida,
Para el dolor nacida

Era mi alma infeliz, sin conocerte,
Y esa alma de los cielos desterrada
Es tu alma enamorada
Que esa ha debido ser antes su suerte.

Hoy es para mi vida tu alma bella
Lo que es la blanca estrella
Que brilla entre la negra tempestad;
Lo que el faro al perdido navegante,
Lo que es al caminante
La palma en la extendida soledad.

Antes de conocerte era mi vida
Ave que siente herida
El ala suelta que la daba alientos,
Y que sus fuerzas sobre el prado verde
Desventurada pierde
Sin poder otra vez cruzar los vientos.

Mas hoy, gracias a ti, con noble intento
Vive mi pensamiento
Y arde del bien en la celeste llama:
Gracias a ti, mi espíritu enervado
Hoy se agita elevado,
Y a la luz de tu amor *espera y ama.*

ROSA Y CARLOS

Buenas noticias hay, Rosa mía,
El rey bien pronto vendrá al castillo;
Todos veremos en ese día
Fiestas hermosas, mucha alegría,
Bailes y cantos, pompas y brillo.

Los escuderos, los bellos pajes,
Los caballeros y los barones,
Vendrán soberbios con ricos trajes
Con sus arreos, sus equipajes
Con sus divisas y sus blasones.

Acaso al verte, mi bien querido,
Algunos de ellos te halagarán
Con bellas frases de amor mentido:
—Irán sus frases solo a mi oído
Y al alma mía no llegarán.

—Que el rey es bello, dicen, hermosa,
¡Con cuánto gusto lo mirarás!
—Sí, con los ojos, contestó Rosa;
Mas con el alma siempre amorosa
Miraré sólo donde tú estás.

—Oh, Rosa mía, el rey es amo,
Tiene riquezas, tiene esplendor:
Si él te dijera: Rosa, yo te amo,
Tu amor y vida quiero y reclamo,
Ven, por mi trono cambia tu amor.

Dí, ¿no sería cetro y dinero
Para ti, Rosa, gran seducción?
—Si él, me dijera: Rosa te quiero,
Contestaría: mucho os venero,
Mas dí a mi Carlos el corazón.

Vió el rey a Rosa, la encontró bella;
Te amo, le dijo, y ella calló:
Y a la amorosa, dulce querella
Y a las ardientes palabras, ella
Ni sí le dijo, ni dijo nó.

El regio amante siguió en su empresa
Rosa esforzóse por resistir;
Mas el rey hizo tanta promesa,
Pasión tan grande su labio expresa,
Que ella al fin hubo de sucumbir.

¿Y el pobre Carlos de suerte escasa?
Diz que a la ingrata mucho lloró;
Mas, como todo se olvida o pasa,
El poner pudo al dolor tasa
Y al fin con otra se consoló.

Pobres amantes, aqueste cuento
En pobres versos muy bien os prueba,
Que de mujeres el juramento,
Las dulces frases, y el sentimiento,
Son humo vano que el viento lleva.

A MATILDE

Como flor delicada
De primavera
Que nace para adorno
De la pradera,
Así naciste
Para halagar, hermosa,
La vida triste.

No tiene la camelia
De blanco seno
Cutis tan delicado,
Puro y sereno,
Como el que presta
Dulce encanto a tu rostro
Virgen modesta.

Y son tus labios bellos,
Matilde hermosa,
Botón humedecido

De fresca rosa,
Que exhala al viento
El purísimo aroma
De un suave aliento.

Como en las puras aguas
De fuente bella,
Se refleja del cielo
La clara estrella,
Así en la calma
De tu mirar reflejas
Tu virgen alma.

Y en tus azules ojos,
Niña, he creído
Que un pedazo de cielo
Se halla escondido;
Y allí de hurañas
Nubes está guardado
Por tus pestañas.

Al mirarte tan bella
Bien me imagino
Que en otra esfera fuiste
Angel divino,
Y estás acaso
En este triste mundo
Como de paso.

Ojalá como hermosa
Dichosa seas:
Nunca en tu grata vida
Desgracia veas,
Y tu camino
Siembre de bellas flores
Siempre el destino.

Tienda el amor sus alas
Sobre tu vida
Y sólo en sus halagos
Seas mecida,
Sin que la pena
Con sus sombras empañe
Tu alma serena.

Y al que hoy estos recuerdos
Aquí te deja,
No lo olvides piadosa
Pues que se aleja,
Que al grato abrigo
De tu memoria quiere.
Vivir tu amigo.

EL IMPERIAL

Río, en cuya corriente las estrellas
Hunden enamoradas su reflejo
¿Díme, por qué tus cristalinas huellas
Arrastras a la mar, tardo y perplejo?

Del verde bosque que a tu orilla crece,
Con pesadumbre al parecer te alejas
Y el aire que en tus aguas se humedece
Te arranca sordas y sentidas quejas.

Acaso al acercarte al mar bravío
Das el postrer adiós a tus arenas
Y el eco de tus ondas, manso río,
Es el último acento de tus penas.

Y sientes ¡ay! al arrastrar sereno
El agua de tu cauce limpia y pura,
Ir a mezclarla en el amargo seno
Que el destino te da por sepultura.

Acaso al contemplar el mar vecino
Lloras tus gratas sombras y tus flores
Y sigues silencioso tu camino
Con la expresión que imprimen los dolores.

Por eso se desliza tu corriente
Con paso tardo, con fugaz gemido,
Como el que sufre en el dolor presente
Con los recuerdos del placer perdido.

Yo sé que, en vez del perfumado viento
Que juega entre tus olmos y arrayanes,
Tendrás en la extensión del mar violento
Roncos y revoltosos huracanes.

Yo sé que entre las algas del Oceano,
No tendrás las frondosas arboledas
Por donde te abres rápido y ufano
Caprichosas y fáciles veredas.

¿Sientes perder tu magestuosa pompa?
¿Sientes hallar en tu salobre tumba
La dura peña que tus aguas rompa
Y el rudo viento que en los mares zumba?

No: tus orillas, sosegado río,
De pasado esplendor guardan memoria:
Tú lamentas tu espléndido atavío,
Tus días de grandezas y tu gloria.

Aquí sobre las flores de ese llano
Que trae sus arboledas a tu orilla,
Alzóse la ciudad del castellano
Bajo el pendón glorioso de Castilla.

Sobre la verde florecida alfombra.
Que hoy manso fertilizas y recorres,
Se alzaban bellos y te daban sombra
Ligeros techos y pesadas torres.

En tu ribera espléndida y sombría,
En donde hoy gime al expirar la ola,
Ligero en otro tiempo se imprimía
El delicado pie de la española.

El aire de tus aguas fugitivo
Que hoy besa silenciosa tus riberas
Enamorado entonces y festivo,
Jugaba entre las sueltas cabelleras

De tus aguas, ondinas vaporosas,
En los calores del ardiente estío,
De la Imperial las hijas voluptuosas
Frescor buscaban en tu lecho frío.

Y tus ondas tranquilas y serenas,
De amor y de placer se conmovían,
Cuando sobre tus húmedas arenas
Las delicadas plantas se imprimían.

¡Cuántas veces tus plácidas riberas,
De la luna a los suaves resplandores,
Mil parejas cruzaban hechiceras
Hablando de placeres y de amores;

Y de tus bosques en la sombra oscura
Volaban amorosas y perdidas
Dulcísimas palabras de ternura
Con el rumor de tu agua confundidas!

De aquestos días de placer y fiesta
Tan sólo queda la memoria triste,
Que, en una noche trágica y funesta,
Sangre y destrozo desolado viste.

Y la noble ciudad que fué tu orgullo,
Al choque del intrépido araucano
Destrozada cayó, como el capullo
Que rompe y arrebata el viento ufano.

Como rudo huracán que en negra noche
Rompe y devasta con furor salvaje
La flor que ostenta delicado broche
Y el árbol de espesísimo ramaje,

Así el libre, el indómito araucano,
Sediento de venganzas y de ruina,
Al derramarse por tu fértil llano,
A su festín de sangre le destina.

Noche terrible! Con tu linfa pura
Durante el día a la Imperial besaste;
Mas al pasar aquella noche oscura
Ruina y desolación tan solo hallaste.

Y hoy todavía tu fugaz corriente,
De la que fué Imperial siempre vecina,
Ya que no puede reflejar su frente
Murmura triste al contemplar su ruina.

RECUERDOS DE SANTIAGO

(En el álbum de la señorita María del Rosario Vergara de Astaburuaga)

Bella, tranquila, joven e indolente
Sobre la verde alfombra de tu llano,
Apoyada en el Andes al Oriente
Y mirando risueña al Occidente
Los limpios horizontes del oceano.

Allí estás como altiva soberana
De aquel valle gentil que te circunda,
Tu ropaje real mostrando ufana,
Cuando la primavera te engalana
Y de flores bellísimas te inunda.

Bella ciudad para el amor creada,
De cielo claro y perfumadas brisas,
Que encierras con orgullo en tu morada
Mujeres de purísimas sonrisas,
De blanca tez y celestial mirada.

Lejos me hallo de ti, mas nunca olvido
Tus imánicos goces, y en mi anhelo,
A tu regazo maternal, querido,
De mis recuerdos en las alas vuelo
Con el amor del ave por su nido;

Y entonces vuelvo a verte y me imagino
Bajo tu sombra plácida y serena,
Cual fatigado, errante peregrino,
Que tras penoso y rígido camino
Halla el hogar que abandonó con pena.

Ciudad gentil de mi niñez, tu espalda
Reclinas de los Andes en la falda,
Mientras el aura que tu frente orea
Cruza el verde pensil que te rodea
Como espléndido manto de esmeralda.

En caprichosas, fáciles veredas
Calma te ofrecen, sombras y frescura
Tus frondosas y altivas alamedas,
Para que dulcemente dormir puedas
De los rigores del calor segura.

Suelto en fugaz y límpida cascada
Mapocho de los Andes, se desprende,
Como senda ondulosa y plateada,
Y por tu valle con amor se extiende
Donde la flor le espera perfumada;

Y acaso cuando rápido y risueño
Pasa cerca de ti, ciudad hermosa,
Teme turbar la calma de tu sueño
Y su murmurio imita, en dulce empeño,
Nota fugaz, sentida y armoniosa.

Bella es también la bóveda estrellada
Que te cubre azulada y transparente,
Tan pura, tan serena, tan calmada,
Que a veces piensa sorprender la muerte
El interior de la eternal morada.

Aun recuerdo esas noches del estío
Embalsamadas por tus flores bellas,
Húmedas con las aguas de tu río,
Que lentas van por reflejar en ellas
De tu cielo el espléndido atavío.

Yo bien sé los influjos de ese cielo,
Cuando bañado por la hermosa luna
Vierte en el corazón grato consuelo,
Y huyen pesares, dudas y recelo
Como huye ante la luz sombra importuna.

¡Noches de grata paz y de ventura!
¡Noches que inspiran voluptuosa calma!
En ellas, como flor sencilla y pura
Que abre su seno al sol, se entrega el alma
Al amor, a la fe y a la ternura.

Entonces el encanto nos domina
Del sentimiento con poder extraño
El amor nos absorbe y nos fascina,
Y ciegos la mujer nos encamina
Acaso por la senda del engaño...

Noches encantadoras de Santiago,
Hoy que en el corazón reina la calma,
De aquellas horas de mentido halago,
En el recuerdo fugitivo y vago
Melancólico encanto encuentra el alma.

Bella y gentil ciudad, en tu morada
Tengo un recuerdo doloroso y santo:
Allí en paz duermen en la tumba helada,
Donde hoy no puedo derramar mi llanto,
Mi padre aún joven, y mi madre amada.

Y mientras lejos de tu suelo, errante,
Tristes los días de mi vida pierdo,
Tal vez me aguarda la amistad constante
Y acaso fiel un corazón amante
Palpita alguna vez con mi recuerdo.

Verte deseo con afán, tu espalda
Reclinando del Andes en la falda;
Y en tanto el aura que tu frente orea
Cruza el verde pensil que te rodea
Como espléndido manto de esmeralda.

LIMA

Para el corazón helado
Que busca vida y calor,
Dulce clima fué creado
Donde su imperio ha sentado
Vivificante el amor.

Alma que la fe perdiste,
Mortal que alimentas triste
Una existencia de duelo,
Tu sed de amores reanima,
Ven de la América al cielo,
Ven a Lima.

Aquí hallarás sol ardiente
Que te restaure y aliente
Y frescas brisas ligeras
Que manda el mar, placenteras,
A refrescar el ambiente.

Aquí nacen bellas flores
Con delicados colores;
Y entre ellas se ostenta pura,
Viva, ardorosa y risueña,
La reina de la hermosura,
La limeña.

Lima en tu suelo querido
Mis padeceres olvido,
Y en dulce y lánguida calma
Siento que descansa el alma
Como un infante dormido.

De amor una nueva aurora
Aquí mi existencia dora,
Como la del sol brillante
Da luz a la estéril cima:
Aquí late el pecho amante,
Grata Lima.

Suelo de hermosas sirenas
De vida y de encantos llenas,
Que llevan soles por ojos,
Por labios claveles rojos.
Y blanca tez de azucenas.

Aquí hablan los ojos bellos
Con amorosos destellos...
¿Dicen verdad o mentira?

¿Sabe pagar halagüeña
El ardiente amor que inspira
La limeña?

Cuando el sol en su carrera
Se precipita al ocaso,
Del Rimac en la ribera,
Pienso en mi Blanca hechicera
Y tranquilas horas paso.

Grata es de Lima la tarde
Cuando la brisa cobarde
Gime con suave ternura,
Como una armoniosa rima
Y al pasar leve murmura
Bella Lima.

Sol, brisa, mujeres, flores,
De purísimos colores,
Con vos vuelven en mi vida,
Al alma la fe perdida.
Y al corazón los amores.

Suelo que así me reanima,
Bellas de la hermosa Lima,
Yo soy un cantor errante
Que la vida y alma empeña
Por un corazón amante
De limeña.

A UNA GUAYAQUILEÑA

Me han dicho que en las márgenes hermosas
Del Guayas transparente,
Se columpian mil flores olorosas
Al soplo del ambiente.

Que el magestuoso río corre entre ellas
Sin fuerza y sin orgullo,
Y suspira, mirándolas tan bellas,
Con lánguido murmullo.

Dicen que el sol las dora enamorado,
Y los rayos que envía
Ardientes posa en el florido prado
Que el Guayas atavía

Y aun dicen que los aires voladores
También gratos las aman,
Y los roban fugaces sus olores
Y en ellas se embalsaman.

Muy bellas deben ser aquesas flores
Bañadas en rocío,
Puesto que pueden inspirar amores,
Al sol, al aire, al río.

Una de entre esas flores, arrancada
Al Guayas altanero
Sois vos, a la orilla transplantada
Del Rimac placentero.

Aquí no encontraréis esa corriente
Que pasa en lento giro,
Ni el rojo rayo de ese sol ardiente
Ni de ese aire el suspiro;

Pero hallaréis, hermosa, trovadores
Que por bella os aclamen,
Y al llamaros la reina de las flores
Os admiren y os amen.

A LA NIÑA M....

Hay algo en ti del serafín que mora
En la mansión eterna y esplendente:
En tu serena faz, niña inocente,
Y en el azul que tu mirar colora.

Fresco botón que al despuntar la aurora
Y al casto beso del fugaz ambiente,
Alza su pura y delicada frente,
Tal eres tú, Matilde encantadora.

De aquesta vida en el camino estrecho
Se abra a tu paso florecida senda
Y paz respire y bienestar tu pecho.

Una alma halles que te ame y te comprenda;
Y grato abrigo, del paterno techo,
Se de feliz unión, hermosa prenda.

CONSEJO (1)

Goza bien mío, en tanto que en la vida
La fresca lozanía te acompaña,
Que es flor la juventud que el tiempo daña
Y no vuelve jamás una vez ida:

Mientras gozamos de la edad florida
En mil deleites el amor nos baña;
Mas tarde, ¡ay tristes! la vejez huraña
Nos roba el fuego que en el alma anida.

El amor, como Dios, tiene su cielo;
Olvida allí del corazón enojos,
Pues que para gozar viniste al suelo;

Y si presa han de ser aquesos ojos
Y el seno aquel de la vejez de hielo,
Sean más bien de amor dulces despojos.

(1) Esta composición apareció en la Rev. de Santiago, 1855, página 368, con el título de Soneto. En el libro «Poetas Chilenos», de Cortés, Santiago, 1864, apareció con el título de «A. . .» y en «América Poética», París, del mismo compilador, lleva el título de «Consejo»

EL POETA Y EL VULGO

Al altanero y encumbrado pino
Preguntó un día la rastrera grama:
¿Por qué tan orgulloso alzas tus ramas
Cuando no alfombras como yo el camino?

Y él respondió: yo doy al peregrino
Sombra, cuando su luz el sol derrama,
Y cobijo tus flores cuando brama
El ronco y desatado torbellino.

Así el vulgo al poeta gritó un día:—
¿Por qué miráis indiferente el suelo?
¿Qué hacéis? ¿quién sois? Y el bardo respondía:

Soy más que vos, porque, tal vez recelo
Que solo de mi canto a la armonía
Comprendéis que hay un Dios y que hay un cielo.

DESEOS

Si fuera yo la brisa pasajera
Aliento perfumado de las flores,
Enredado en tu suelta cabellera
Murmurara a tu oído mis amores.

Quisiera ser alguna flor nacida
Entre las flores del jardín ameno,
Verme por ti del tallo desprendida
Y marchitarme sobre tu albo seno.

Si fuera un astro de la noche umbría,
De blanca luz, de límpidos destellos,
Amoroso mi luz reflejaría
En ese blanco de tus ojos bellos.

Si fuera un pensamiento audaz, profundo,
Que conmoviera el orbe en un instante,
Desdeñaría de ocupar el mundo
Para ocupar tu corazón amante.

Quisiera ser un verso delicado
De melodiosa y fácil armonía,
Sentirme en tu memoria conservado
Y pasar por tus labios, alma mía.

Quisiera ser la fuente cristalina
Para halagarte con murmullo leve,
Reflejar tu hermosura peregrina
Y besar con amor tu planta breve.

Si ave fuera de mágicos encantos,
Siempre girando amante en tu presencia,
Te ofrecería en melodiosos cantos
Mi libertad, mi amor y mi existencia.

Mas ¡ay de mí! que en mi amoroso empeño,
Cuando ardoroso el corazón delira,
Sólo puedo ofrecerte, dulce dueño,
Mi tierno amor y mi modesta lira.

POESÍA

Si fuera el dueño mío
Alguna blanca rosa, remecida
Por el aire sereno.
Y fuera yo una gota de rocío
De la mansión celeste desprendida
Para encerrarme en su oloroso seno,
¡Con qué dulce placer me adormiría
Entre sus bellas hojas, indolente
Gozando de la noche en el sosiego,
Hasta que al fin me despertara el día,
Y el rojo sol de oriente
Me evaporase con su luz de fuego!

Si fuese mi hechicera
Una rosa-laurel engalanada
De bellas flores rojas,
Y fuera yo algún ave pasajera
Que buscara el abrigo de sus hojas
Cuando el ala sintiese fatigada,

Dulces ecos de amor entonaría,
Cuando la tibia y grata primavera
Diese a mi bien follaje y diese flores,
Y triste lloraría
Cuando desnuda y pálida la viera.
Sujeta del invierno a los rigores.

Mas ya que ser no puedo débil ave
Para cantar mi amor y su hermosura,
Ni gota de rocío pura y suave,
Para darla dulcísima frescura,
Pueda mi lira en tanto
Decirla al menos que la adoro y canto.

EL POETA Y EL PICAFLOR

Picaflor, cuando entregado
A los rigores del hielo
De una rama aprisionado
Paras aterido el vuelo;
Luchando con tu martirio,
Sin fuerza y sin voluntad
¿Cuál es tu único delirio?
—Tener campo y *libertad.*

—Y cuando la primavera
Vuelve al suelo su verdor,
Cuanto viste a la pradera
Y da aromas a la flor,
Cuando las aves felices
Ostentan su agilidad,
Picaflor, ¿a quién bendices?
—A la dulce *libertad.*

—Si alguna hermosa detiene,
Picaflor tu raudo vuelo

Y en prisiones te retiene
Llena de afán y de anhelo;
Cuando detrás de las rejas
Sufres tu cautividad,
¿Qué es lo que piden tus quejas?
—Volver a mi *libertad*.

—Feliz en el valle ameno
Volando de flor en flor,
Te entregas libre y sereno
A los placeres de amor:
Si entonces tu voz levantas
Del bosque en la soledad
¿Quién te inspira cuando cantas?
—Me inspira la *libertad*.

¡—Cuán lucido es tu plumaje
Ya verde, ya purpurino,
Y ese vuelo de celaje
Y ese melodioso trino!
¿Acaso tus gracias leves
Te dió una divinidad?
Picaflor ¿a quién las debes?
—Las debo a la *libertad*.

—Si entregado a una pasión,
Ardoroso y desdeñado,
Las rejas de una prisión
Diérante a tu objeto amado;
Si te arrancase ese amor

De la muerte a la crueldad,
¿Qué eligieses, picaflor?
—La muerte o la *libertad*.

—Aunque es tu vida un suspiro,
Siempre alegre te resbalas
Cuando entre flores te miro
Batiendo las sueltas alas:
Tus horas tan hechiceras
Llenas de felicidad,
Dime ¿por quién las perdieras?
—Sólo por la *libertad*.

—Más bien que por tu existencia
Por tu libertad procuras?
—Por *ella* me dan esencia
Del jardín las flores puras,
Por *ella* luzco mis galas,
Y es mucha felicidad
Soltar al viento las alas
Gozando de *libertad*.

—¡Cuán dichoso me pareces!
—Libre como yo es el hombre.
—La libertad muchas veces
Para él es tan solo un nombre
Tú y yo que ardiente la amamos,
Hoy, con mutua voluntad,
Los dos, picaflor, hagamos
Votos por la *libertad*.

A LA SEÑORITA F. F.

(Como autora de una pieza para piano titulada «Loncomilla»

Vi luchar en mi patria a los hermanos;
Y al lanzar de dolor el triste acento,
La lira se escapó de entre mis manos
Y el pesar apagó mi pensamiento.

Llena de sangre y entregada al duelo
Miré a mi patria ajada y abatida;
Por eso ausente del paterno suelo
Busco la libertad, busco la vida.

Joven beldad, cantando generosa
De mi querida patria los pesares,
Calmas la situación triste y penosa
Del que llora su cielo y sus hogares.

Joven beldad, tu célica armonía
Es un canto de amor y de esperanza;
Así que la escuché, la patria mía
Apareció a mi mente en lontananza.

Sentí tu inspiración, y cada nota
De tus hermosas manos desprendida
Cayó en mi corazón como una gota
De bálsamo benéfico en la herida.

Tú, que tengo una patria me recuerdas,
Tu hermosa creación la fe me inspira,
Y tan solo por ti las rotas cuerdas
Vuelvo a anudar en la olvidada lira.

Y en mi entusiasmo al escucharte, veo
A Chile con su cielo y con sus flores,
A la patria me tornas y te creo
Una musa que canta sus dolores.

Jamás la dura y enfadosa pena
Te entregue de la vida a los enojos;
Siempre brille tu frente tan serena,
Siempre brillen tan límpidos tus ojos.

El mundo flores a tus pies extienda,
Sea tu vida un plácido recreo
Y halles al fin una alma que comprenda
Esa alma noble que en tus ojos leo.

Y pues que el cielo te hizo tan hermosa,
Cual del desierto la elegante palma,
Cual del jardín la delicada rosa,
Siempre te ostentes cautivando el alma.

Lima. 1852.

NO TE OLVIDES

Cruzamos en la vida dos senderos·
Agravios y pesares nos dividen:
Con empeño tenaz hados severos
Nuestra ternura y nuestro amor impiden.

Burlemos los decretos del destino
Y al influjo de un mutuo sentimiento,
Si nos ponen distancia en el camino
Haya en los dos un solo pensamiento.

Si no pueden hablarse nuestros ojos,
Si tenemos en contra a la fortuna,
Calmemos de la ausencia los enojos
Guardando nuestro amor sin mengua alguna.

Fijo siempre tengamos el momento
En que estreché tu mano delirante:
Un común y espontáneo juramento
Ante Dios nos ligó desde ese instante.

Cerca de ti murmurarán amores
Por arrancarte los recuerdos míos,
Y te harán ver con lúgubres colores
Mis locos, juveniles extravíos;

De tu virtud y de tu amor ofensa
Llamarán la pasión que me devora...
¿Quién tomará, Belisa, mi defensa
Si no me es fiel tu corazón ahora?

¿Quién te dirá mi abrumador tormento
Cuando por ti figúrome olvidado,
Y las horas de amargo sentimiento
Que paso a mis pesares entregado?

Miro tus verdes, expresivos ojos
En que el deleite y el amor reflejas,
Llenos de indignación, llenos de enojos,
Mandarme agravios y pedirme quejas.

Oigo tu voz, tan plácida a mi oído,
Tacharme de ligero y de inconstante,
Y te escucho otras veces abatido
Ordenarme el olvido en adelante.

Mas en vano, Belisa, te imagino
A mi amor y a mi pena indiferente,
Mia jurasteis ser: y es mi destino
Sobre tu seno reclinar mi frente.

La flor que en el invierno se despoja
De su aroma, sus galas y atavío,
Que pierde su vestido hoja por hoja
Al impulso fatal del viento frío.

La flor débil, marchita y solitaria,
Dobla a la tempestad la hermosa frente;
Pero a pesar de la estación contraria
Guarda para otro tiempo su simiente;

Porque en su afán y en su dolor espera
Volver a renacer pura y fragante
Por brindar en la grata primavera
Mil caricias al céfiro su amante.

Tú y yo también, Belisa, en la amargura
Que envuelve de uno y otro la existencia,
Una chispa de amor guardemos pura
Mientras duren las penas de la ausencia.

Y así como la flor que el céfiro ama
Conserva el germen de su amante vida,
Nosotros demos pábula a la llama
En nuestros corazones encendida

A LA SEÑORA ROSARIO VERGARA DE ASTABURUAGA

Con aquella ciudad encantadora
Dulcísima afección también te liga:
Allí piensan en ti, bella señora,
La amante madre que tu ausencia llora
Y el fiel hermano y la sincera amiga,

Pronto te alejarás; regiones bellas
Vas a cruzar en venturosos días;
Placer y encantos hallarás en ellas,
Y adonde lleves tus ligeras huellas
Sabrás sembrar profundas simpatías.

Mas por doquier de la ciudad querida
Recuerdos llevarás íntimo y tierno,
Que allí abriste los ojos a la vida
Y tu alma siempre se hallará atraída
Por el cariño del hogar materno.

Y ojalá cuando mires otro cielo
Y por Chile suspires, en mis rimas
Halle tu corazón grato consuelo:
Leedlas, señora, en los lejanos climas
Como un recuerdo del querido suelo.

JOSÉ ROMERO

I

Hijo del pueblo fué; y en su memoria
A la voz popular mi voz se una:
Siento elevarme al recordar la gloria
Del héroe pobre, del de humilde cuna.

El necio orgullo y vanidad del hombre
Su origen infeliz en vano humilla:
Con nobles hechos conquistóse un nombre
Que al resplandor de la virtud hoy brilla.

II

En tu ardorosa juventud, Romero,
Fueron, de tu valor haciendo alarde,
La patria y libertad tu amor primero...
La desventura y el dolor más tarde.

Gloriosa luz arroja tu existencia
En esa lucha de eternal memoria
Que dió a la patria honrosa independencia
Y alto renombre y libertad y gloria.

Muchas veces te oí, de asombro lleno,
El sublime relato de esa guerra
En que heroico y audaz se alzó el chileno
Por el amor de su querida tierra;

Y ese recuerdo, en tu morena frente
La juvenil bravura despertaba,
Y tu labio, ardoroso y elocuente,
Del Membrillar y Chillán me hablaba.

III

Libre la patria y el laurel ceñido,
La ya inútil espada abandonaste,
Y dando nuevos rumbos a mi vida
Al bien de tus hermanos te entregaste.

Ansia del bien sentía tu alma bella;
Y alumbró con luz pura tu camino
La dulce claridad, esa centella,
Emanación de espíritu divino.

En la triste prisión, en la desnuda
Morada del mortal desventurado;
Allí donde el dolor con saña ruda
Tenaz hundía el diente envenenado,

Tu mano bienhechora se extendía,
Tu fecunda palabra daba aliento,
Y la bella esperanza aparecía
Como nuncio de paz tras el tormento.

Tu corazón de caridad henchido
Por doquiera su influencia derramaba;
Siempre del poderoso al tardo oído
Tu voz, para los pobres imploraba.

Y acaso en esos duros corazones
De los hijos del oro y de la usura,
Despertaste sensibles emociones
De compasión, de amor y de ternura.

Paz a tu sombra apóstol de consuelo,
Siempre el que sufre en mísero abandono
Su férvida plegaria alzará al cielo...
Tú, del Señor la llevarás al trono.

IV

Si tu mortal espíritu, Romero,
Sobre la tierra silencioso gira,
Al pueblo laborioso, al pueblo obrero,
Justas ideas de virtud inspira.

Que del noble trabajo en las labores,
Por la senda del bien avance unido:
Ni sufriendo despóticos señores,
Ni por falsas tribunas seducido.

Inspírale el horror por los que en nombre
Del mártir inmortal de la Judea,
Matar intentan la razón del hombre
Y toda noble y liberal idea.

Viva mantén tu fe republicana
Y el sereno valor que el alma eleva,
Porque tal vez no se hallará lejana
La época de la lucha y de la prueba...

V

Tú, pueblo, mientras tanto, la memoria
De Romero venera, y enaltece:
De tu seno salió, tuya es su gloria,
Y en ella ejemplo de virtud te ofrece.

SONETO

Me place recostado y soñoliento
Y entre las nubes de humo de un habano
Dar rienda suelta al pensamiento vano
Y fingirme dichoso y opulento.

Gusto también de averiguar sediento
De la botella el delicioso arcano:
Y entre mis labios recoger ufano
De una morena el delicado aliento.

Olvido en los placeres mis enojos,
De las pesares de la vida río,
Cumplo o dejo sin pena a mis antojos;

Mas la indolencia del carácter mío
Cede obediente, si los bellos ojos
De Belisa, me miran sin desvío.

EL ALBA

Lentamente los astros desparecen
Entre los pliegues del nocturno manto;
Entona el ave su amoroso canto
Y con flores los prados se enriquecen.

Las nieblas que en la atmósfera se mecen
Ante la luz se ocultan con espanto,
Y el céfiro fugaz suspira, en tanto
Que del arroyo los susurros crecen.

Anunciando del sol las rojas huellas
Domina el alba la empinada cumbre
Dorando flores y ahuyentando estrellas.

Vida y placer derrama con su lumbre,
Mientras yo triste entono mis querellas;
Seguido de mi eterna pesadumbre.

A.....

Si en tu corazón se enciende
Ese grato y dulce ardor
Que nos arrastra y nos prende
En los lazos del amor,

Conmigo ven hechicera,
Y haláguenos la ventura
Mientras de la vida dura
La lozana primavera.

Antes que al luciente día
De la juventud ardiente
Cubra la nube sombría
De la vejez indolente,

Démosnos prisa en gozar
De nuestros días serenos
Sin que cuidados ajenos
Nos abrumen de pesar.

La luz que a la tierra dora
Se pierde en la noche oscura,
Para nacer con la aurora
Más espléndida y más pura.

Pero la luz de la vida
Una vez que desparece
Bajo el sepulcro perece
Y es para siempre perdida.

Y en aquel recinto estrecho
Pasarán años y días
Sin que haya ardor en el pecho
Ni amorosas simpatías;

Que en ese inmóvil sosiego
No entra de amor el poder,
Ni puede, donde no hay fuego,
Alimentarse el placer.

Tal vez el frío habitante
De los sepulcros callados,
Llora el venturoso instante
De sus amores pasados.

Y se queja en su profundo
Lecho oscuro y silencioso
De que el recuerdo del mundo
Venga a turbar su reposo.

Acaso en su redor mira,
Y de la tumba en lo oscuro
Sufre en silencio y suspira
Por ver el sol claro y puro.

Mas su afán solo le queda,
Que un poder desconocido
Aun en la esperanza le veda
De volver a lo que ha sido.

Ya que el vivir es un día,
Gastémoslo en el gozar,
Pues que en la tumba sombría
No nos hemos de encontrar.

Amor y placer sin tasa
Llenen nuestra juventud,
Puesto que la vida pasa
Camino del ataúd.

Sólo el amor, mi querida,
En nuestras almas impere;
Ríamosnos hoy de la vida,
Y venga lo que viniere.

Un beso dame, hechicera,
Y haláguenos la ventura,
Mientras de la vida dura
La lozana primavera.

PLEGARIA

Yo te contemplo luna brillando majestuosa
Con esa lumbre pálida, tan grata al corazón:
Eres la blanca maga, la virgen misteriosa
Que reina en la azulada y espléndida región.

En la serena noche, detrás de las montañas
Se eleva, blanca luna, tu pálido fanal:
Con tus brillantes rayos cielos y tierra bañas
Bordando con estrellas tu manto virginal.

Tal vez en este instante tu lumbre, luna amiga,
Baña el divino rostro de mi adorado bien:
Tal vez la suave llama que dentro el alma abriga
Sus expresivos ojos revelándola estén.

Derrama tu luz pura sobre su blanca frente,
Busca de sus miradas el mágico esplendor,
Y de sus bellos ojos en la expresión ardiente
Dime si habrá firmeza tanta como hay amor.

Siempre tu luz primera risueño he saludado
Cuando serena vienes la tierra a consolar;
Y de ese amor, oh luna, que el alma ha desgarrado
Tan solo a ti he confiado recóndito el pesar.

Mi dolor te acompaña al seno de las nubes
Que en noches tempestuosas empañan tu esplendor
Y mis ojos te siguen con amor cuando subes
Del Andes a los cielos derramando tu albor.

Mientras sigues enviando la luz y la alegría
Me arrastra hacia la tumba la mano del pesar,
Y me verás amiga desaparecer un día
Como nave en las olas de borrascoso mar.

Consuelo de mis penas, en mi última plegaria
Como una fiel amiga te pediré un favor:
Si mi amante viniese penosa y solitaria
A llorar en mi tumba su malogrado amor;

Si buscase en las sombras mi losa abandonada
Bajo el ciprés marchito, bajo la tosca cruz,
Arroja, bella luna, si ves a mi adorada,
Sobre mi tumba un rayo de tu serena luz.

AUSENCIA

En las verdes orillas de una fuente
Límpida y transparente
Un amarillo junco nació un día,
Y a su lado una bella trinitaria
Alzóse solitaria
Haciendo al débil junco compañía.

Juntas crecieron las hermosas flores
Y sus suaves olores
Abandonaron a la brisa pura;
Sus tallos con ardor entrelazaron;
Y en el amor buscaron
Dulcísimos deleites y ventura.

Alegres y dichosas se miraban
Y ardientes se besaban
Al leve impulso del ligero viento;
Y en tanto que reinó la primavera
La pareja hechicera
No conoció la pena ni el tormento.

Mas la estación de lluvias y de nieve
En un momento breve
Despedazó las amorosas flores;
Y al separarlas el sañudo viento,
Con mutuo sentimiento
Guardáronse la fe de sus amores.

¿Se olvidaron? Jamás. La primavera
Volvió grata, hechicera,
Volvió serena a murmurar la fuente;
Y otra vez renacieron los amantes,
Más fieles, más constantes
Contándose las penas del ausente.

Si alguna vez las penas de la ausencia
Marchitan tu existencia
Y hieren tu sensible corazón,
Imita, amiga mía, aquesas flores
Que guardan sus amores
En la triste y fatal separación.

La ausencia es prueba que el amor exige
Del corazón que elige
Para imprimirle la amorosa vida.
Quien acepta el amor con fe sincera,
Sufre, duda o espera.
Conserva su dolor, mas nunca olvida.

UNA LÁGRIMA

Cuando por vez primera mis ojos te miraron
Mi espíritu la llama de la pasión sintió;
Mil bellas ilusiones risueñas me halagaron
Y una amorosa lágrima del párpado brotó.

Mi amor y mi esperanza te dijo el labio ardiente
Y tú a ese amor abriste tu pecho, dulce bien:
La estrella de la dicha brilló sobre mi frente
Y una lágrima dulce se desprendió también.

Te adoro con delirio, pero te encuentro fría
¿Será que me engañaste al prometerme amor?
Cuando así indiferente te contemplo, alma mía
Una callada lágrima te dice mi dolor.

Tal vez mañana, ay triste, te miraré distante,
Con otro amor gozando y olvidada de mí:
Yo siempre amado dueño, te adoraré constante
Y una lágrima amarga derramaré por ti.

EN UN ÁLBUM

Al lado del dolor que cruza el suelo
La mano del Señor puso el consuelo;
Para la tosca tierra brotan flores,
La vida tiene amores
Y la noche sombría
Eternos y brillantes resplandores;
El caloroso día
Nace de la gentil y fresca aurora,
Y el más herido corazón alcanza
Un rayo de benéfica esperanza.
La humanidad, señora,
Tiene también sus serafines bellos
Y vos sois uno de ellos:
Tuvisteis la hermosura por herencia
Para halagar la mísera existencia,
Y como un ángel que bajó del cielo
Vuestra grata misión es de consuelo.
Como las flores bellas,
Como las penas, cándidas estrellas,
Embellecéis la creación, señora.

Mas, ah! nunca como ellas
Lleguéis sujeta a veros en un día
A los caprichos de la suerte impía;
Nunca las amarguras de la pena
En la inconstante vida os acompañen,
Nunca las nubes del dolor empañen
Vuestra frente serena.

Asílense la paz y la ventura,
Bajo las alas de vuestra alma pura,
Como se acoge bajo el bosque umbrío
La calma majestuosa,
Como en el cáliz de la flor hermosa
Las gotas de rocío.

EL PESCADOR

(Imitación de Gauthier)

Si dobla la tristeza
Esa hermosa cabeza
Que admirará el amor
Venid, dejad las penas
En las ondas serenas,
Del agua en el rumor.

Ya el sol su luz derrama;
¿Adónde hermosa dama,
La barca he de llevar?
Los céfiros callados
Se duermen sosegados
Sobre el agua del mar.

Bella la barca mía
Las olas desafía
Con brío y altivez.
De un serafín el ala
Es su vela y resbala
Rápida como el pez.

¿Queréis que la onda leve
Revoltosa nos lleve
De aquella isla al confín?
¿Queréis ver las flores
Y aspirar los olores
Del cercano jardín?

«Remad, ella responde,
Hacia el lugar en donde
Siempre ame el corazón».
—De ese lugar, señora,
La situación se ignora
De amor en la región.

LA MORIBUNDA

MADRE. Vé a asomarte a la ventana,
Hija mía... ¿quién golpea?
HIJA. Madre... es el aura liviana
Que en la noche se recrea.
MADRE. No... escuchad..ese otro ruido
Que en mis cortinas azota...
Por esa vidriera rota
Se ha deslizado un gemido.
HIJA. Es un sueño, madre mía,
Una vigilia de duelo,
Es solo la fantasía...
Madre, dormid que yo velo...
MADRE. ¿Oís ese acento vano?...
Es un murmullo suäve...
HIJA. Es el nido de alguna ave
Que cruza el aire liviano...
MADRE. Es muy dulce.
HIJA. Pudo ser
Alguna aura pasajera

Que me avisó a la vidriera
Que el alba va aparecer.

. . . . . .

MADRE. Un beso, dadme, hija mía...
¿Oís pronunciar mi nombre?

HIJA. No, madre.

MADRE. No es voz de un hombre
Es otra dulce armonía...
¡Oh! me llaman, hija...adiós...
Quitadme este negro velo
Que me cubre...para vos...
Mi bendición en el suelo.

HIJA. Dejad esa fantasía
Dormid, mientras velo yo...
¿No respondéis?...se durmió...
Dormid en paz, madre mía!

EL 31 DE DICIEMBRE DE 1878

(A la señora Adelaida Escala de Alenk)

Se va el año. Sombrío y fatigado
Del tiempo en los espacios peregrino,
Hizo entre tempestades su camino
Y hoy entra en las regiones del pasado.

Se va y queda con sombras anublado
Un cielo, ayer azul y cristalino,
Y sólo incertidumbres del destino
Deja tras sí, como fatal legado.

Ojalá de él en pos otro año siga
Que, con propicia luz, la nube oscura
Del infortunio disipar consiga;

Y ese año, que tan próximo fulgura,
Para ti traiga, interesante amiga,
Dulces horas de paz y de ventura.

A ISIDORA

Cuando a las seductoras ilusiones
De los primeros años
Se suceden las tristes impresiones
Que dejan los amargos desengaños,
Llega a ser nuestra vida
Débil nave que lucha en la tormenta
Por los contrarios vientos impelida:
En su marcha violenta
Mil pensamientos sin cesar la agitan
Y de consuelos y placer desnuda,
Las pasiones al fin la precipitan
Al insondable abismo de la duda.

Mas a veces también nuestra existencia
Corre tranquila, como mansa fuente
Que arrastra bajo sombras su corriente
Besando flores de aromada esencia:
Entonces hay placeres, hay amores
Y sueños seductores,
Hay fe en el corazón, hay esperanza,

Y la imaginación, fresca y risueña,
Con hermosos colores se diseña
Un bello porvenir en lontananza.

Así es la vida para ti, Isidora;
Para ti, cuyo espíritu sereno
Es una bella flor que abre su seno
A los primeros rayos de la aurora:
Mientras leve tu planta
Cruza un camino hermoso y placentero,
Tu juvenil cabeza se levanta
Sin que un solo pesar la abata fiero.
Y el corazón, donde esperanza mora,
De la pureza y de la paz abrigo,
Sencillas impresiones atesora
Y al amor maternal late tranquilo.

Guárdete el cielo esa apacible calma,
Y las pasiones con influencia impura
Jamás empañen el cristal de tu alma,
Jamás turben tu paz, y tu ventura;
Y si puros, risueños,
Cruzan, alguna vez, bella Isidora,
Por tu imaginación hermosos sueños,
Puedas verlos dichosa realizados,
Sin que enemigos hados
Turben tus ilusiones algún día
Con la funesta realidad sombría.

INVIERNO

Oscuras sombras la estación de hielo
Pintó del suave otoño en el paisaje;
Desnudo el árbol de su hermoso traje;
Ve su corona de hojas por el suelo.

El ave sorprendida, alzando el vuelo,
Hacia templado clima emprende el viaje;
Donde brillaba límpido celaje,
Amenazante nube ostenta el cielo.

De su esplendor a tu presencia ruda
El valle se despoja con espanto,
Cuando inclemente la natura invades.

Sólo el Andes risueño te saluda,
Pues recibe de ti nevado manto,
Y corona de rojas tempestades.

POESÍAS INÉDITAS

(Del álbum de la distinguida señorita doña Dolores Olañeta)

Cándida amiga en tu fugaz carrera,
Siempre las auras del placer te mecen;
Y mil encantos a tu lado crecen
Al cruzar de la vida su pradera;

Y cual halaga la ilusión primera,
Cuando las dichas del amor florecen,
Así quisiera que tus días fuesen
Y así en virtud tu vida floreciera.

Si cuando hermosa, al escuchar risueña,
Ese bullicio que al placer convida,
Pintándonos la vida que se sueña,

Quisieras ir tras él adormecida,
Cuida, sí, que al correr tras la esperanza,
Siempre un recuerdo en el camino avanza.

Dulce y tranquila cual la bella aurora,
Que allá en oriente entre matices fuera,
Así, en tu vida, cándida, hechicera,
Pura te ostentas y serás feliz:
Que nunca por tu frente el denso velo,
Mostraste del dolor ni la amargura,
Que tan solo inocente en tu hermosura,
La dicha encontrarás y el porvenir.
Bello es a fe cuando en la azul esfera,
Rueda la luna en su fulgor brillando,
Seguir sus huellas y a su luz soñando,
Tesoros mil de dichas y de amor;
Pero es más bello contemplar tu rostro,
Cuando en tus labios la sonrisa vaga,
Que entonces aquella a tu esplendor, se apaga
Y haces latir de gozo el corazón.

Sigue así, dulce hechicera,
Gozando feliz tu vida;
Sigue soñando, querida,
Coronas para tu sien,
Mientras otros arrastrando
Por el mundo sus despojos,
Sueñan asperos abrojos
Para sus sienes también!

Que nunca a tu alma tranquila,
Fué un recuerdo a atormentarla,

Ni en su sueño fué a asaltarla
El eco de una pasión;
Que jamás en tu suspiro.
Hubo dolor, ni hubo queja,
Que siempre el pesar se aleja
De tu puro corazón.

Si en tu vergel tan hermoso,
Do brillan tan lindas flores,
Va a extasiarte en sus olores
De la esperanza la flor,
Al tomarla entre tus dedos,
De sus espinas, hermosa,
Ten cuidado, que la rosa,
También produce dolor.

A LA SEÑORA CATALINA VILDÓSOLA DE MURILLO

Hacia la eterna paz, siempre impelida
La vejez, que recuerdos atesora,
Con luz crepuscular mágica dora
Pasados horizontes de la vida.

Hoy evoca ante el alma conmovida;
Y tu apellido al escribir, señora,
Días de juventud encantadora
Y una imagen simpática y querida.

Serena imagen de un eterno ausente
Que fué tu padre y me llamó su amigo
Y a quien conserva el corazón presente.

Deja el recuerdo compartir contigo,
De aquel amado ser que está en tu mente
Como en sagrado, inalterable abrigo.

A EMILIO RODRIGUEZ MENDOZA

Luz y sombra, dolores y alegrías,
Viriles tiempos, desaliento a veces,
Son del talento los inquietos días...
Y esa inquietud en tu existencia ofreces.

Darte hoy favores la fortuna quiso;
Y con alas de amor se mueve tu alma
Hacia un sereno y grato paraíso,
Morada de placer y dulce calma.

Allí hablara la creadora mente
A tu genial labor sendas propicias,
Que el verdadero amor es Dios potente
Que da la inspiración con sus caricias.

Viaje feliz; y que en tu vida nueva
La paz y el bienestar vayan contigo.
Con los recuerdos de la patria, lleva
Este adiós cariñoso del amigo.

Màrzo 30-1906.

LA ESCUELA (1)

Coro

La escuela abre a los pueblos
La senda del saber,
Busca en la escuela ¡oh Chile!
Tu gloria y tu poder.

I

Cual limpio sol que inunda
Con su esplendor la tierra
Y ahuyenta la profunda
Penosa oscuridad,
Así con lumbre clara
La escuela ahuyenta sombras
Y un porvenir prepara
De luz y libertad.

---

(1) Esta composición fué hecha para ser cantada con la música del *Himno a San Martín*, del maestro Zápiola, en el último beneficio dado à favor de la *Sociedad Católica de Educación.*

II

Aquel que a la fortuna
Nunca mereció halagos,
Que vió desde su cuna
Sombras y humillación,
En la tenaz batalla
De su vida, en la escuela
Valor y fuerzas halla,
Y noble redención.

III

Santo asilo es la escuela
Para la pobre niña:
Sobre su suerte vela
Y ofrécela un hogar:
Consuelo y enseñanza
La da; y en su existencia
La muestra en lontananza
Sereno bienestar.

IV

Pueblo que en su camino
Da culto a la ignorancia,
Tan solo es su destino
Sufrir y obedecer.
Donde el saber impera

El pueblo es grande y fuerte
Y rápido prospera.
Y libre sabe ser.

V

Radiante luz derrame
La *escuela* sobre Chile,
Y en su esplendor se inflame
La ardiente juventud.
Ciencia, arte, patriotismo,
De aquese foco nazcan
Y el odio al fanatismo
Y amor a la virtud.

VI

Patria, tu noble frente
Con altivez levanta.
Brillar pura en tu oriente
La ilustración se ve.
De libres ciudadanos
Madre eres; y en tu suelo
Nunca encuentran tiranos
Donde sentar el pie.

A LAS ALUMNAS DEL COLEGIO DE EDUCANDAS DE SUCRE

I

Conozco los azares
De la angustiosa vida
Los íntimos pesares
Del alma dolorida
Y la temprana pérdida
De la sencilla fe;
Mas en la ruda huella
Del padecer sombrío,
Cual ansía la flor bella
La gota de rocío
Del agitado espíritu
La dulce paz ansié.

II

Y siempre busca el alma
Con afanoso empeño
Flores de grata calma
Y ese matiz risueño
Con que el poeta mágico
Colora el existir;
Siempre busca el encanto
De la niñez sencilla
El dulce pudor santo
Que en casta virgen brilla
Y aspira así balsámicas
Auras del porvenir.

III

Por eso del escaso
Grato instante tranquilo
En que se abrió a mi paso
Vuestro sagrado asilo
Conservo hermosas jóvenes,
Purísima impresión,
Que allí sentí esa influencia
Tan dulce y dominante
Que lleva en su presencia
La juventud radiante:
Allí volvió benéfica
La paz al corazón.

IV

Gracias por esas horas
Que con amable encanto,
Me disteis seductoras
En vuestro asilo santo,
En medio de esa atmósfera
De alegre juventud.
Dulcísima existencia
Siempre el cielo os depare;
La augusta providencia
Os guíe y os ampare.
Y vuestras plantas débiles
Sostenga la virtud.

V

Seguid con fe la senda
En que el estudio brilla:
En la ignorancia, venda
Que ofusca y nos humilla.
Para elevado espíritu
La vida es el saber.
Si un día os fatigase
El libro o la vigilia,
Pensad que sois la base
Que forma la familia,
Y en ella haceros útiles
Será vuestro deber.

VI

Vosotras la esperanza
Formáis del patrio suelo.
En clara lontananza
Santa misión del cielo
Os señala, en el ámbito
Del boliviano hogar.
Ya cual hija amorosa
Cerca de anciano padre,
Ya cual modesta esposa,
Ya cual amante madre,
Ya consolando al mísero
Del mundo en el penar.

VII

Gracias por esas horas
Que con amable encanto
Me disteis seductoras
En vuestro asilo santo;
Allí en serena atmósfera
La dulce paz sentí
Recuerdo grato y puro
Conservo de ese día:
Como un tesoro, os juro,
Lo lleva el alma mía.
Algún recuerdo, oh jóvenes!
Guardad también de mí.

POEMAS

INTRODUCCION A UNA LEYENDA TITULADA «LOCO DE AMOR»

Alzóse un día una ciudad hermosa
Que nuestros padres «Concepción» llamaron
Con su gala y bellezas orgullosa,
Que mil otras ciudades la envidiaron;
Guerrera, azas valiente y generosa
Nunca enemigos su cerviz doblaron
Y esa ciudad preciosa y peregrina
Hoy es tan solo miserable ruina.

Y sin embargo entre el escombro mudo
De su desgracia oscuro monumento,
El lirio se levanta bello y mudo
Embalsamando con su aroma el viento:
La madreselva con verdoso nudo
Del árbol en la rama hace su asiento,
Y por doquiera que su flor asoma
Le arrebatan los céfiros su aroma.

La blanca luna su fanal derrama
Sobre un suelo de flores y verdura

Y alumbra al penetrar de rama en rama
Clara, preciosa, reluciente y pura:
Tal vez siguiendo de su luz la llama
El astro de la cándida hermosura,
Cruza tranquilo por la azul esfera
Y a Concepción contempla en su carrera.

Más de una estrella desde el cielo umbrío
Con blanca luz titila vagorosa
Y en las aguas del manso Bio-Bío
A contemplar su tez viene orgullosa:
Tiende su espalda el murmurante río
Y su faz enturbiar apenas osa,
Porque la estrella que fugaz titila
Pueda en sus aguas relucir tranquila.

Del río en las bellísimas orillas
Se eleva el litre y la flexible caña,
Y modestos también mil florecillas
Dichosas con el agua que las baña;
Cuando sobre las crestas amarillas
Posa el sol de la pálida montaña,
Contemplar, vive Dios! es grato y bello
Rodar el río a su fugaz destello.

Si de tan bella y plácida morada
La vista derramáis en la llanura,
Hallará solo el alma contristada
Informe masa sin color, oscura:
Una pared al lejos derrocada,

Una torre que apenas se asegura,
Y más lejos el sol trémulo brilla
Sobre el resto no más de una capilla.

Aquí y allá sembradas al acaso
De aspecto por demás triste y mezquino,
Entre las ruinas que os estorba el paso
Tristes casas halláis en el camino;
Y ese pueblo infeliz de aspecto escaso
Que soñaba en un tiempo otro destino,
Ese pueblo tan bravo y tan inquieto
Hoy es solo tristísimo esqueleto.

Y sin embargo que con torpe huella
La destrucción allí posó la planta,
Por sus mujeres Concepción descuella
Y altanera con ellas se levanta:
No hay en Chile, en verdad, virgen más bella
Que la mujer que esa ciudad encanta,
Aunque digan las lindas de Santiago
Que una injusticia en mi opinión las hago.

No hay colores más bellos, ya os agrade
La tenue palidez o los sonrojos,
Y más si este color precioso invade
De una boca gentil los labios rojos,
Nariz encantadora, ¿y quién no añade
Unos audaces, celestiales ojos,
Que si atrevidos miran o si lloran
Al mismo Amor con verlos enamoran?

Cuerpo gentil, cuya cintura leve
Se mece con galano movimiento;
Garganta celestial que no se atreve
A besarla por pura, el blando viento;
Enano pie que apenas si lo mueve
Hace fugaz sobre la tierra asiento:
Blanca mano que el labio nos incita...
Tal es la bella que ese suelo habita.

Así en la arena del fatal desierto
Se alza blanca y gentil una azucena
Al céfiro liviano, el seno abierto;
De aroma celestial y encantos llena;
Detiene el viajador su paso incierto
Y sin sentir la abrasadora arena,
Mira la flor que alegre la convida
Y en un instante su pesar olvida.

De tu orilla remanso Bio-Bío
También hallé una flor hermosa y pura,
Fué en mi vida una gota de rocío
Que un porvenir dió al alma en su frescura:
Si bajo el toldo de tu playa oh! río,
Alguna vez contemplas su hermosura,
Envíale por mi suspiro blando
Mientras cruzas tranquilo murmurando.

Tal vez cuando jugando en tu ribera
Recuerda los momentos de su infancia
Si en su fácil y rápida carrera

Va a engalanar tu florecida estancia,
Cuando al verla, las flores hechiceras,
Afanosas despidan su fragancia
Oh! manso Bio-Bío en tu querella,
Díla que el corazón late por ella.

Que su memoria cándida y risueña
Fija en el corazón la tengo ahora
Más bella que la luz con que diseña
Al horizonte la gentil aurora;
Que por ella una lucha el alma empeña
A la luz de esperanza engañadora;
Y díla que su angélica presencia
Es el solo fanal de mi existencia.

En tanto cruza murmurando, río,
Rodando para el mar tus mansas olas,
Cruza bañando con fugaz rocío
Azucenas y lacres amapolas,
Que si a tus playas llega el canto mío
Cuando estén melancólicas y solas,
Lo de he encerrar entre las bellas flores
Donde nació la luz de mis amores:

Mas dejemos recuerdos de ventura,
De momentos felices en mi vida:
Esfera de placer cándida y pura
En donde mi esperanza va prendida,
Que pasen como pasa allá en la oscura

Noche, la luz de estrella desprendida...
Olvidemos del mundo la miseria
Y por concluir entremos en materia.

I

Un siglo hará con poca diferencia,
Pues la cuenta cabal no la he sacado,
Que en Concepción pasaban su existencia
Dos héroes de este canto principiado;
Una niña gentil, cuya presencia
Deja a todo mozuelo enamorado,
De su tutor al lado, que era un tío
De aspecto por demás triste y sombrío.

Rayaba apenas en diez y ocho abriles,
La joven, tan hermosa como el día,
De aspecto angelical, formas gentiles
Y por nombre el precioso de María:
El cielo la dotó con gracias miles
Cuando por vez primera el sol la hería,
Tanto que todos, tan hermosa al verla,
De Concepción la apellidaron perla.

Dos pardos ojos de mirar altivo
Bajo dos cejas de celeste forma;
Mejillas que al amor son incentivo,
Y que a un ángel servir pueden de norma,
Boca donde el placer ríe cautivo,

Porque bello en su cárcel se conforma;
Linda nariz, pero que anuncia luego
En su extremo inferior del alma el fuego;

Frente elevada que tal vez la pula
El lindo amor alzándola radiante;
Crespo cabello que fugaz ondula,
Linda expresión prestando a su semblante
Y que al bajar por la garganta adula
Con sus rizos un seno palpitante,
Pura y gentil y blanco cual la nieve
Donde a posar Amor sólo se atreve.

Cuerpo leve y fugaz de forma pura,
De aspecto angelical y delicado,
Breve y liviana, celestial cintura,
Donde el viento se mece enamorado,
Mano de nieve de preciosa hechura,
De cutis virginal y sonrosado.
Y un pie tan lindo que a jugar se atreve
Con él, cuando se eleva, el aura leve.

Era su voz tan cándida y tan suave
Como el fugaz, angélico murmullo
Con que linda y audaz remeda el ave
De alguna fuente el armonioso arrullo,
Que es tan hermosa al parecer lo sabe,
Pues que eleva su frente con orgullo:
Frente gentil donde posó su asiento
El angélico brillo del talento.

Tal era esa belleza irresistible
Que al lado respiraba de un caduco
Viejo, de aspecto ¡vive Dios! temible,
Excelente tan sólo para cuco,
Indiferente a todo: faz horrible
Con la tez impasible del estuco,
Ceño arrugado, la mirada torva,
Boca desmesurada y nariz corva.

Ojos pequeños de mirar maniático,
Apostura tristísima y escuálida,
Porte, por lo demás grave y flemático,
Hundida la mejilla, áspera y pálida,
Sobre un sillón permanecía extático,
Porque una pierna se le puso inválida
En un combate, al paso que frenético
En ella se cebó la gota artética.

Don Cosme Salazar lo apellidaban,
Y aunque en su casa a nadie recibía,
Con todo de otros tiempos murmuraban
Que una crónica extraña poseía.
Por amigo del diablo, unos lo daban,
Y otros de menos negra fantasía,
Por su modo de vida y su semblante,
Decían cuando más «es protestante».

Nadie sabía (y a pesar que hicieron
Mil averiguaciones los vecinos)
De qué país a Concepción vinieron

Ese viejo y la joven peregrinos,
Algunas novelistas supusieron
Que era un grande de míseros destinos,
Y otros que novelistas no serían
«Un cualquiera no más» por él decían.

RECUERDOS DEL PROSCRIPTO

Grato, consolador y fresco ambiente
Que entre las bellas flores te resbalas
Y en las sonoras aguas de la fuente
Bañas las sueltas, vagarosas alas;
Mensajero fugaz de las estrellas
Que llegas con la noche, misterioso,
Susurrando querellas
Entre las hojas del follaje umbroso,
Oye mi acento; y si feliz alcanzas,
A los jardines de la patria mía,
Si entre sus bellas flores
Ora festivo, ora indolente avanzas,
Cuéntala mis recuerdos, mis dolores,
Díla mis lisonjeras esperanzas
Y llévala algún eco de mi canto,
Como un suspiro que nació en el llanto.

I

Cuando entregada el alma a sus pesares
Y fijo en el dolor mi pensamiento,
Sentí a la nave en que crucé los mares
Abrir sus alas y entregarse al viento,
¡Con qué dolor miraba, patria mía,
Que tu suelo querido,
Por la mano de Dios enriquecido,
En las lejanas sombras se escondía!
Y cuando el sol, con pálidos reflejos,
Piadoso me alumbraba
Una cumbre, a lo lejos,
Que en el pardo horizonte se mostraba,
Era esa cumbre para mí un consuelo,
Era un recuerdo del querido suelo
Que al mirarme partir me saludaba.
Y cuando al fin en vano
Mi vista por los mares se extendía,
Una lágrima mía
Cayó sobra las ondas del oceano;
Condújola, tal vez, una ola fría
Y fué a llevar la muestra de mis penas
De las playas del mar a las arenas.

II

Patria, lejos de ti, no hallo en el alma
Mis puras, juveniles alegrías,

Ni esa tranquila, deliciosa calma,
Que me embriagaba en mis serenos días.
Ni arde en mis venas el antiguo fuego,
Ni el joven corazón, alegre salta,
Ni a la fogosa inspiración me entrego,
Porque lejos de ti todo me falta.

¡Ah! cuánto echo de menos
Tus inviernos sombríos,
Tus lindos bosques de misterio llenos,
Tus cristalinos ríos,
El ronco son del huracán que agita
Tus antiguas y espléndidas montañas,
Y ese tranquilo mar que te limita
Y en que tus pies con indolencia bañas.

No ereis aquí la misma, luna bella,
Que has sido silenciosa confidente
De mi tierna querella;
Ni el aire que suspira mansamente
Es de Chile la brisa perfumada
Que escuchaba mi trova enamorada;
Ni aquí en el verde prado
Crecen las bellas, olorosas flores,
Cuyos tiernos amores he cantado,
Cuyos suaves olores
Dulcísimos consuelos me brindaban,
Si tenaces dolores
Al triste corazón atormentaban.

. . . . . .

En tu seno también has recibido
Suelo natal querido
Los mortales despojos
De los únicos seres que me amaron
De aquellos que me dieron existencia
Y que a la tumba por mi mal bajaron,
Dejándome en su ausencia
Pena en el corazón, llanto en los ojos.

Allí duermes tranquila, madre mía,
Y si tal vez el alma solitaria
Errante vaga en la mansión sombría,
No escucharás mi férvida plegaria,
Ni verás a tu hijo
En su dolor y en tu recuerdo fijo,
Con su llanto entibiar la tumba fría.
Jamás en mi continua desventura
He olvidado un momento, madre amada,
Tus últimas palabras de ternura,
Tu postrera mirada
Y el dulcísimo acento de *hijo mío,*
Escapado a tu labio moribundo
Cuando al llamarte Dios dejaste el mundo.
Oh! madre noble, generosa y pura,
Pues que vida y amor me dió tu seno,
Desde los campos de eternal ventura
Donde vaya tu espíritu sereno,
Para mi herido corazón alcanza
La fe que en la desgracia nos consuela;
Mándame, oh madre, un rayo de esperanza
Y con tu amor sobre mi suerte vela.

III

Grato es sentir del sol que alumbra a Lima
La dulce, suave, voluptuosa influencia:
Aquí el helado corazón se anima,
Aquí al amor renace la existencia.

Todo es aquí misterio y poesía,
Y languidez y embriagadora calma:
Aquí del corazón es amor guía
Y el alimento que mantiene el alma.

Aquí de la mujer los ojos bellos
Tienen un tierno, irresistible idioma,
Y al través de su labio, en sus cabellos
Hay del amor el voluptuoso aroma.

Siempre el tejido de una reja oscura
Oculta aquí la faz de una hermosura;
Siempre al través de un manto misterioso
Se divisa algún ojo luminoso.

Aquí el remanso y cristalino arroyo
Que baña el pie del verde chirimoyo,
Con olas amorosas humedece
La débil flor que en su ribera crece;
Y hasta el sol de los cielos
Cuando ilumina al día,
Cubre su faz con nebulosos velos
Y más suave calor al suelo envía.

IV

De aqueste sol la deliciosa influencia
Tuvo grato poder en mi existencia:
Aquí ha latido el corazón amante,
Aquí sentí las dulces ilusiones,
La grata fe sincera
Que arrulla el sueño de la edad primera
Y ese estado febril y delirante
Con que en las amorosas impresiones,
Entre el temor, la duda y la esperanza
El alma penas o placer alcanza.

Mas siempre en mis hermosos, gratos sueños
A la memoria de mi amor unida
Te me presentas tú, patria querida,
Con tus campos risueños
Que ostentan bellas flores por alfombras,
Con tus tranquilas sombras
Y la esplendente y mágica belleza
Que sin tasa te dió naturaleza.

Cuando de proscripción duros enojos
Ya amarga pena olvido
En la dulce mirada de los ojos
Del ídolo querido;
Cuando extasiado en su amoroso acento
Y aspirando su tibio y suave aliento,
Llena de amor el alma y palpitante

De fogosa pasión el pecho mío
Le juro eterno amor y fe constante,
Cuando veo en la luz de su mirada,
Pura como la gota de rocío,
Entre las hojas de la flor posada,
Un cielo de ternura,
Y esperanzas de amor y de ventura,
Entonces a tu seno patria amada,
Con mi amoroso pensamiento vuelo,
Y al lado de mi hermosa, me parece
Que nos dan luz los astros de tu cielo,
Que el aire que en tus aguas se humedece
Nos acaricia con su débil ala,
Y que suave resbala
Llevando nuestros gratos juramentos
Al extendido espacio de los vientos.
Entonces la risueña fantasía
Como una casta virgen hechicera
Que un porvenir de amor feliz espera
Te imagina, dichosa, patria mía,
Bella como tu grata primavera,
Y libre cual los céfiros livianos
Que cruzan tus montañas y tus llanos.

. . . . . .

V

Cual en el puro azul del firmamento
Y en el más claro día
La negra tempestad en un momento

Sus alas tiende borrascosa y fría,
Cubriendo con el manto de su sombra
Del limpio cielo la celeste alfombra,
Así en la mente mía
A sus sueños de patria y de ventura,
La realidad sucédese sombría:
Y entonces cruza como nube obscura
Los campos de la vaga fantasía
El penoso recuerdo de esa guerra
Que ensangrentó nuestra querida tierra
Y a la que dieron pábulo y aliento
Discordia y ambición y odio sangriento

Aún escuchar, sonoro me parece,
Del terrible cañón el estampido
Que el alma del intrépido enaltece;
Y el clamor por los ecos repetidos
Con que el chileno anuncia en la pelea
Que el plomo cruza, que la sangre humea.
Aún miro entre la nube
Del humo del cañón que al cielo sube
Al soldado valiente,
Con los labios en pólvora teñidos,
Y serena la frente,
Ocupar el lugar de los caídos.

Como impetuosas olas que agitadas
Por el sañudo viento,
Desde el seno del mar parten airadas
Con ímpetu violento,

Y amenazando destrucción y muerte
Se avanzan agrupadas y ligeras
Contra la roca fuerte
Que sirve de guardián a las riberas,
Así miro a los fieros escuadrones
Lanzarse a la pelea, y estrecharse
Con la rabia feroz de la venganza,
Y en medio del encono y la matanza
La palma de la lucha disputarse.

Entonces el sereno y claro río
Que mansamente sus orillas baña,
Abre su lecho frío,
Asila en él a la abatida hueste,
Tiñe sus aguas con matices rojos,
Y con eco sombrío
Arrastra al mar los míseros despojos
Que la confía la sangrienta saña.

. . . . . .

Y el puro sol que brilla
Sobre los verdes, extendidos llanos
Que baña el Loncomilla,
Al resbalar por la azulada esfera,
Alumbra los cadáveres de hermanos
Muertos lidiando bajo igual bandera.

VI

Allí como esforzados han caído
Sin lanzar ni una queja, ni un gemido,

Esos soldados fieles y valientes,
Que afrontan los peligros indolentes,
Que marchan a batirse sin temores,
Y cruzan entre el humo y la matanza,
Sin abrigar acaso otra esperanza
Que cambiar de librea y de señores.
A esos hijos del pueblo, desgraciado,
La voz de la ambición jamás los guía:
Desde el pobre taller salen soldados;
Y si en la guerra impía,
Sin abrigar temor luchan serenos,
No es por servir a la ambición soñada,
Sino porque al estruendo del combate
La sangre hierve, el alma se demuda
Y el noble corazón, valiente late,
Cuando es el alma y corazón chilenos.

VII

Tal vez que en la lucha fratricida
Como enemigos sin temor lidiaron,
Y entregado al azar la frágil vida
Triunfo o muerte buscaron,
Al estrecharse exánimes
En la sangrienta y removida tierra,
Olvidaron las iras de la guerra,
Y se han reconocido,
Y hermanos se han llamado
Y acaso al expirar se han abrazado
Para dormir el sueño del olvido.

EL ÁNGEL Y EL POETA

(Fantasía)

¡¡GLORIA!!

Canto del poeta

«Sueño de amor, de glorias y de encanto,
«Risueñas y fantásticas visiones,
«Gloria divina, que halagáis en tanto
«Que vuelan de la vida los jirones!

«¡Oh! ven a mí, y entre tus bellas alas
«Envuelve pura mis marchitas sienes,
«Y sueñe entre tus brazos regias salas,
«Pompa, bellezas, cánticos y edenes;

«Dame a gozar tu dicha, aunque ilusoria,
«Deja me estrechen deliciosos brazos,
«Y pueda ver en tu mansión de gloria,
«Lindas mujeres y floridos lazos:

«Dame allá una arpa con sus cuerdas de oro,
«Ciñe mis frente con hermosas flores.
«Mientras al ser a quien hermoso adoro
«Mi son se elevará lleno de amores:

«Dame un cielo, placer, gloria y mujeres,
«Realízame veloz mi fantasía,
«Y en medio a los amores y placeres,
«Alzaré un son por ti, del arpa mía:

«Llévame de la tierra, pura Maga,
«De esta mansión de zarzas y de abrojos,
«Donde cada placer es una llaga
«Que llena el alma de pesar y enojos:

«Llévame allá donde te asientas bella,
«Sobre tu trono de placer y amores,
«Dame gentil, la vívida centella
«Que han sentido también mil trovadores:

«Déjame recibir de entre tus manos
«Esa arpa bella de las cuerdas de oro,
«Y cantar en mil cánticos livianos
«La virgen del amor que tanto adoro:

«Deja volar mi ardiente fantasía,
«Apoyada en el arpa, a tus regiones,
« Y en ellas con ardor, ¡oh Maga mía!
«Por tí elevar dulcísimas canciones:

«Ven a mí, Virgen, y en tus bellas alas
«Envuelve pura mis marchitas sienes,
«Y sueña entre tus brazos, regias salas,
«Pompa, bellezas, cánticos y edenes.»

II

Así en la noche pura y silenciosa,
Mientras la luna sin parar corría,
En medio la floresta misteriosa,
Lleno de ardor el bardo repetía;

Y alza su canto sonoroso al viento
Que a la región del cielo con él vuela
Y ya es, tal vez, tiernísimo lamento,
O ya de amor sentida cantinela:

Y el viento vuela, y en el cielo posa,
Y allá por el espacio juguetea,
Y al llevar la canción pura y hermosa
Tal vez con ella el cielo se recrea.

Que ardor tan solo el trovador respira
Y el dulce son de su arpa encantadora
Ese sueño de gloria se lo inspira
Y una mujer a quien por siempre adora.

Mirad su frente que pomposa y bella
Se alza inspirada, prepotente al cielo,
Ved como mira la brillante estrella
Que allá se oculta con liviano velo.

Quiere *volar* más alto que la luna,
Quiere *subir* con rica fantasía,
Quiere pisar el cuello a la fortuna,
Porque es la gloria su brillante guía.

Y así al murmullo de la fuente inquieta,
Que fácil rueda sus cristales pura,
Lleno de ardor, escúchase al poeta
Que en su delirio con placer murmura:

«Ven a mí, Virgen, y en tus bellas alas,
«Envuelve pura mis marchitas sienes,
«Y haz que sueñe en tus brazos regias salas,
«Pompa, bellezas, cánticos y edenes.»

Dicha del poeta

I

Hermosa, en el espacio
La luna reverbera,
Y alumbra en su carrera,
Con pálido esplendor;

Y en el jardín precioso,
La brisa que murmura,
Moviéndose insegura
Vuela de flor en flor.

El cielo riela puro
Con su brillante estrella,
Que siempre pura y bella,
Se mira titilar;
Sin que su brillo empañe
La nube vaporosa,
Que en giros voluptuosa
Se ve linda vagar.

Mientras en giros leves
La fuente se resbala
Y escápase en su gala
Con rápido ademán,
Mil flores se doblegan
Con lánguido albedrío,
Y en ellas el rocío
Se oculta con afán.

Se ven las amapolas
Con su tapiz de seda,
Y en ellas que se enreda
La brisa con rumor:

Mientras allá en el diamelo
Semeja blanco encaje,
Dando su bello traje
Vista, sombra y olor:

Bello el jardín se mira
Con cándidos primores,
Y miente con sus flores
Puro y hermoso edén;
Y en él con bella lira
También se ve al poeta,
Mientras la brisa inquieta
Vuela en torno a su sien.

II

De pronto una nube se esparce en el cielo
Cual cándido velo
De niebla sutil;
Y en giros esbeltos, graciosa, aparece,
Ya mengua, ya crece,
Ligera y gentil.

Así cual se mira por mar altanera
Surcando ligera
La nave bogar,
Luciendo a lo lejos la lona insegura
Su pálida albura
Del viento al cruzar:

Los aires hendiendo desciende pomposa
La nube graciosa,
Cual blanco cendal:
Tal vez en su seno trayendo divina
Beldad peregrina,
Visión celestial.

Desciende a la tierra, con giros inquieta,
Y al hombre-poeta
Y al bello jardín;
Envuelve en su velo, sutil, vaporoso,
Mostrando gracioso,
Fugaz serafín.

III

Hermoso como la aurora
Brillando en grato pensil
O como el dulce recuerdo
De amor precioso y feliz,
Salió de la blanca nube,
Fantástico serafín;
Alas doradas, al viento
Que brillan más que el zafir.
Y que en voluptuosos giros
Se agitan con gracias mil,
Y una tez pura y preciosa
Que retrata al alelí,
Y una mirada divina,

Cándida, pura, infantil,
Al habitante del cielo
Anuncian en el jardín;
De los pliegues de la nube
Baja con gracia gentil,
Mientra arrobado el poeta
Sueña mirar una hurí:
«Trovador, murmura el ángel,
Sube conmigo, feliz,
Y en el seno de la nube
Blanca, ligera y sutil,
Irás a gozar, tranquilo
Por el cielo de zafir.
Lleva tu lira, poeta,
Tu fantasía gentil,
Que esa será, majestuosa,
Tu apoyo, tan solo allí.
Sube, trovador, conmigo,
Tú solo puedes subir.»
Rodó la nube al momento,
Y el poeta y serafín
Se dirigen en su seno
Al estrellado zenit.

IV

Asciende la nube con doble carrera,
Volando ligera,
Subiendo al edén;

Y encima, divino, la lira sujeta,
Se mira al poeta
Y al ángel también.

Angel y poeta

POETA. ¡Hermosa bóveda azul!
¡Qué linda para cantada!
¿Aquí moran, angel mío,
Las bellas y puras almas?
ANGEL. Sí, poeta, tras el velo
Que detienen tus miradas,
Hay un lugar que a pintarlo
La imaginación no alcanza,
Que tiene el Supremo allí
Con los buenos su morada.
POETA. ¿Y allí iremos angel?
ANGEL. Sí!
Con tu inspiración transpasa
Ese tul bello que sirve
De alfombra al supremo alcázar.
Irás a ese cielo, bardo,
Tu imaginación te basta.
POETA. ¡Oh! qué dicha!
ANGEL. Sí, poeta;
Sólo tú logras gozarla,
Que es tu rica fantasía
Don que el Supremo regala
Sólo tú verás la gloria

Viviendo en la tierra infausta,
Y la pintarás al hombre
En los versos de tus cántigas.

POETA. Qué linda será, ángel bello!
Deliro ya por cantarla!
Deslumbrarán con sus ojos
Sus hermosísimas magas,
Todo allí será magnífico,
Perlas, oro, rica gala,
Allí estará poderoso
Deslumbrador con su gracia,
El que creara mil mundos
Con su imperiosa palabra;
Allí en eternos placeres,
Volando las horas plácidas,
Gozarán los serafines
Que, como a ti, Dios creara:
Allí pulsarán mil liras
Al Dios que así las regala,
Mil hermosos trovadores
Con dulcísimas cantatas;
¡Ah! si en el mundo como esas
Tuviera también una arpa,
Y esa inspiración suprema
Feliz, pudiera alcanzarla!

ANGEL. Te basta con la que tienes,
Que en la tierra la que ansías,
Jamás podría, poeta,
Débil el hombre escucharla,

Que para tanta armonía
No tiene jamás una alma:
Tal vez el poeta, sólo
Por ser poeta, la alcanza.

POETA. Tienes razón, angel mío,
Lo confieso, deliraba,
Que al darle un Dios al poeta
Su imaginación fantástica,
Le dió ambición de esa gloria
Que en la tierra no se alcanza.»

Perdiéronse en el espacio
Tal vez las otras palabras,
Que cerca, la bella nube,
Del regio y supremo alcázar,
Ya casi toca el poeta
La linda alfombra estrellada;
Un coro oyera divino,
Voces puras y fantásticas,
Y a poco más, el poeta
Pisó la eterna morada.

Imaginación del poeta

Y al fin, el trovador volviera al suelo
Llena de ardor su rica fantasía,
Y en arpa celestial, cantara, el cielo,
La pompa y la alegría
De la feliz mansión:

Y en la tierra, los hombres le escucharon
Y asombrados, es Dios! tal vez dijeron,
Quizás por él, feroces se endulzaron
Y alegres se rindieron,
Del arpa al dulce son:

Fué el bardo a las regiones deliciosas
Entre pompa, belleza y serafines,
Y trajo sus imágenes hermosas,
Y trajo los jardines
De ese mundo ideal.

Y en el mundo, del arpa entre los sones
Más hermosos, tal vez, los produjera,
Y cantara en sus plácidas canciones,
Con voz pura, hechicera,
La mansión celestial:

Y allá en el cielo, un Dios, al bardo bello
Un soplo le mandó de su grandeza,
Y ese puro y bellísimo destello,
Le dió fugaz viveza,
Fuego le dió a su sien:

Y ese soplo, sintió Divino Homero,
Cuando sus cantos a su patria diera;
Y Byron el sublime, el altanero,
Esa águila ligera,
Sintiéralo también:

Ya en sublime pensar, ya en dulce canto,
Ese soplo de un Dios divino brilla,
Con doble inspiración, con doble encanto,
En tu Mente oh Zorrilla!
Bulce bardo Español:

Y Lamartine y Hugo lo sintieron,
Y Espronceda también sintiólo, ardiente;
Sus obras admirados nos dijeron
Que ardió sobre su frente
Como brillante sol.

Desdichas del poeta.

Más ¿de qué sirve al poeta
Ese soplo de luz pura?
Si su vida es amargura
A la desgracia sujeta:
Esa arpa y ese cantar
Es sólo pesada carga,
Que hace su existencia amarga
Más que las olas del mar.

¿De qué sirve que en el cielo
Haya momentos gozado?
Si en su vida es desgraciado,
Si solo llora en el suelo:
Su libertad y su lira
¿De qué le sirve tener

Si esclavo es de la mujer,
Y en ella solo delira?
Diérale Dios al poeta,
Menos amor, menos alma
Y él gozara de más calma,
Su vida no fuera inquieta:

Aunque amando sin cesar
Tal vez sus penas olvida;
Más ¡ay! en la triste vida,
!Cuán amargo es el amar!

Amar sin una esperanza,
Amar, y mirar desdenes,
Y tal vez soñando edenes,
Y cándida venturanza:

Amar un ser ideal,
Cantarle tiernos amores:
Y otro gozando mil flores
En su seno angelical;

Y el poeta con el alma
Que amores sólo respira,
Tal vez amando delira
Y pierde su vida y calma.

El no nació de la tierra,
Que el mundo no le comprende,

Igual el hombre le entiende,
Sin ver lo que en él se encierra,

Y solo, su gloria el mundo
Viene a escribirla callado,
Encierra su cuerpo helado,
Sobre su sepulcro inmundo.

Y cuando acaba su suerte,
Y el mundo en su redor zumba,
Le espera mísera tumba
Y un ángel solo a su muerte;

Que tiene el bardo hechicero,
En su vivir intranquilo,
Una tumba por asilo
Y un ángel por compañero.

CANCION NACIONAL DE CHILE

CANCION NACIONAL DE CHILE (1)

Coro

Dulce Patria, recibe los votos
Con que Chile en tus aras juró
Que la tumba serás de los libres
O el asilo contra la opresión.

I

Ha cesado la lucha sangrienta;
Ya es hermano el que ayer invasor;
De tres siglos lavamos la afrenta
Combatiendo en el campo de honor.

---

(1) Con el sólo título de *Canción*, se publicó en *El Araucano* de Santiago, el 17 de Septiembre de 1847. Conservamos la forma en que apareció por primera vez. Datos sobre su historia pueden consultarse en el libro de Aníbal Echeverría y Reyes y Agustín Cannobbio G., titulado «La Canción Nacional de Chile». Valparaíso, 1904, tirada aparte de la revista «Chile Moderno» aparecida en la misma ciudad y año.—*El Editor.*

El que ayer doblegábase esclavo,
Libre al fin y triunfante se ve:
Libertad es la herencia del bravo;
La victoria se humilla a su pie.
Dulce Patria, etc.

II

Alza, Chile, sin mancha la frente:
Conquistaste tu nombre en la lid:
Siempre noble, constante y valiente
Te encontraron los hijos del Cid.
Que tus libres tranquilos coronen
A las artes, la Industria y la Paz,
Y de triunfos cantares entonen
Que amedrenten al déspota audaz.
Dulce Patria, etc.

III

Vuestros nombres, valientes soldados,
Que habéis sido de Chile el sostén,
Nuestros pechos los llevan grabados,
Los sabrán nuestros hijos también.
Sean ellos el grito de muerte
Que lancemos marchando a lidiar,
Y sonando en la boca del fuerte
Hagan siempre al tirano temblar.
Dulce Patria, etc.

IV

Si pretende el cañón extranjero
Nuestros pueblos, osado invadir,
Desnudemos al punto el acero
Y sepamos vencer o morir.
Con su sangre el altivo araucano
Nos legó por herencia el valor;
Y no tiembla la espada en la mano
Defendiendo de Chile el honor.
Dulce Patria, etc.

V

Puro, Chile, es tu cielo azulado,
Puras brisas te cruzan también,
Y tu campo de flores bordado
Es la copia feliz del Edén:
Majestuosa es la blanca montaña
Que te dió por baluarte el Señor,
Y ese mar que tranquilo te baña,
Te promete futuro esplendor.
Dulce Patria, etc.

VI

Esas galas, oh! Patria, esas flores
Que tapizan tu suelo feraz

No las pisen jamás invasores;
Con su sombra las cubra la paz.
Nuestros pechos serán tu baluarte;
Con tu sombra sabremos vencer,
O tu noble, glorioso estandarte
Nos verá combatiendo caer.
Dulce Patria, etc.

Nota del Editor: Una crítica contemporánea de las poesías de don Eusebio Lillo puede consultarse en la revista santiaguina «Sud-América», 1873, tomo II, pág. 763, escrita por M. Villamil.

PROSA

EPISODIO DE UNA NOVELA INEDITA

El 2 de Octubre del año de 1814, la ciudad de Rancagua era el teatro de uno de los más heroicos y sangrientos combates en la lucha de la independencia americana. Algunos valientes del ejército de Chile, encerrados en el estrecho recinto de la plaza de aquella ciudad, detenían la marcha triunfante de cinco mil veteranos acaudillados por el general español don Mariano Osorio.

Treinta horas habían ya transcurrido sin que sitiados ni sitiadores pensasen en dar una tregua al combate. El ruido de las descargas de fusilería, el estampido de los cañonazos, los alaridos de los que caían, los gritos de furor de los que atacaban, la voz de los jefes excitando a los soldados, el crujir de los edificios que se derrumbaban al choque de las balas de cañón y el compasado redoble de los tambores tocando la carga, daban a esa terrible escena, en el espacio que ocupaban los sitiados, el aspecto de un gran combate entre seres sobrenaturales.

Efectivamente, aquella desesperada resistencia era un esfuerzo de valor sobrehumano. Un puñado de republicanos sedientos, diezmados en una lucha tan desigual y sin espacio siquiera para sus movimientos militares, habían resistido con ventajas durante dos días a un ejército numeroso, con todos sus recursos de guerra y en posiciones favorables para evitar los tiros del enemigo.

No era ya la esperanza del triunfo lo que sostenía a esos hombres heroicos; era el noble deseo de salvar sus banderas para volver con ellas al combate en mejores días o de abandonarlas a los enemigos tan teñidas con la sangre derramada en la lucha, que no fuera ya posible distinguir los tres colores. Los republicanos veían, con desesperación llegar el momento de un desenlace y sólo combatían, al fin de que ese fuera tan terrible, tan imponente para los españoles, que pudieran conservar por mucho tiempo un doloroso recuerdo de esa sublime agonía de la patria.

Rodeados, pues, de enemigos encarnizados, amenazados por un mar de llamas, cuyo calor tostaba sus rostros y hacía disparar los cañones antes que el artillero acercase la mecha, obligados a recoger las balas lanzadas por el enemigo para cargar con ellas sus armas y casi sin otra expectativa que la muerte, aquellos soldados, sin embargo, no pensaron ni un momento en apagar los fuegos del combate. Hubo un instante en que el general español

asombrado de tan tenaz resistencia les intimó rendición; pero los sitiados, por toda contestación, levantaron sus banderas entre el humo del combate con las astas envueltas en las corbatas negras de los oficiales. Eso era decir nuestras banderas llevan ya el luto por la muerte de sus defensores que mueren sin rendirse.

Esa tropa, tan noble, tan valiente tenía por jefes a O'Higgins, al denodado Freire, a Juan José Carrera y a otros hombres como esos conocidos en los ejércitos chilenos por su temerario arrojo en las batallas.

Sin embargo, llegó un momento en que faltaron a los sitiados todos los recursos indispensables para combatir. El enemigo, en tanto, ganaba terreno furioso con tan desesperada resistencia. Cuando los republicanos vieron desplomarse uno a uno los edificios que los separaban de sus contrarios, cuando se encontraron sin pólvora para cargar su armas y sin espacio para batirse, cuando la multitud de cadáveres de sus compañeros les atestiguaba su debilidad numérica, esos soldados concibieron el audaz proyecto de abrirse paso por entre el ejército español y dirigirse rápidamente a Santiago.

A la realización de este plan se oponía un ejército encarnizado que aguardaba un momento oportuno para concluir con el último defensor de la plaza. Además el camino posible para efectuar la retirada estaba cortado con una batería enemiga y flanquea-

do en seguida por dos batallones dispuestos a disparar sobre el osado que intentase la retirada. Llevar a cabo tan temeraria empresa era salir al encuentro de la muerte, antes que esta viniera a buscar sus víctimas, en el recinto que con tanto denuedo se había defendido.

Pero esa atrevida resolución llevóse a efecto. Organizóse la pequeña fuerza de Chile, colocándose a su frente los dragones de Freire y los jefes que sobrevivían al combate; siguieron después los infantes que pudieron encontrar un caballo y cerraban este grupo de héroes algunos granaderos de Carrera.

Hubo un momento terrible antes de escucharse la voz del jefe. Una resolución heroica brillaba en los semblantes de aquellos soldados que empuñando sus sables iban a precipitarse sobre sus numerosos contrarios. La voz de mando se oyó; y los chilenos como un torrente impetuoso, arrojáronse sobre su enemigos, salvaron audaces la batería que les cerraba el paso, atropellaron y destrozaron cuanto les opuso resistencia; y tendidos sobre los lomos de sus caballos, cruzaron como sombras terribles, entre los fuegos de los sitiadores.

Aquella brusca y audaz salida dejó atónitos a los enemigos de Chile; y a favor de esa sorpresa los intrépidos republicanos pudieron, con pocas pérdidas, retirarse a la capital sin ser inmediatamente perseguidos por el ejército de Osorio.

En los momentos de lanzarse los sitiados sobre

sus enemigos, uno de los dragones del pequeño escuadrón que abría la marcha, a riesgo de ser despedazado por los españoles, que se precipitaban por un extremo de la plaza cuando los patriotas salían por el otro, se ocupaba en colocar sobre la delantera de un fuerte caballo de raza araucana a un niño de 11 a 12 años, de edad vestido con el traje de corneta de los dragones. La tierna solicitud con que el veterano atendía en el peligro a la seguridad de aquel niño, revelaba tanto cariño, que hubiera sorprendido a quien ignorase que ese corneta era su hermano y el único ser con quien lo ligaban en la tierra estrechos lazos de sangre. Había el dragón acomodado su delicada carga y ponía ya el pie en el estribo, cuando llamó su atención una voz que partió no lejos de aquel lugar. Un oficial herido se arrastraba penosamente en dirección al veterano, gritándole con ansiedad: sargento Salazar, sálveme.

A su vista el dragón se detuvo sin vacilar, corrió al herido; lo cogió en sus brazos, y volvió a colocarlo sobre la grupa del caballo, diciéndole con voz tranquila para todos hay lugar mi teniente, pero es necesario darnos prisa. En esta acción empleó el sargento menos tiempo aun que el que hemos necesitado para contarla. En seguida saltó sobre la silla, sujetó las riendas en el brazo izquierdo y rodeó con él a su hermano, hizo que el herido se afianzase de su cintura, empuñó el sable con la derecha, y lanzó el caballo sobre los enemigos.

En los momentos de pasar a escape cien tiros de fusil se descargaron sobre ese grupo de héroes, pero fuese que la sorpresa no diese a los soldados el tiempo preciso para fijar bien las punterías, fuese que la fortuna se empeñara en salvar a esos valientes, el hecho es que el dragón y sus compañeros, pudieron llegar al Mostazal sin que ninguna bala los hubiera alcanzado.

Desde este lugar comenzaron a divisarse las polvaredas de los que huían delante. Los españoles, mientras tanto ninguna prisa se dieron para alcanzarlos, sea porque una lucha de tres días tenaz y encarnizada hubiese agotado sus fuerzas, sea que temiesen encontrarse aún con esos enemigos que tan terribles pruebas habían dado de un valor sobrehumano.

Tan luego como Salazar vió que no era perseguido, puso al trote su caballo y con la mayor serenidad se ocupó en mejorar la situación de sus compañeros de huída.

En seguida con ese buen humor que acompaña al veterano chileno, aun en la derrota, dijo al herido:

—Bien podemos descansar mi teniente. Si nos persiguen tenemos hasta Santiago harta cancha para ganar una carrera a los sarracenos.

—El peso que soporta el caballo, observó el herido, ha de cansarlo pronto, si nos vemos en la necesidad de lanzarlo otra vez a escape.

—Eso es, mi teniente, no conocer lo que se mon-

ta, contestó familiarmente Salazar. Mi caballo es capaz de salvar en una derrota a todo mi escuadrón.

Y como para dar una prueba de lo que decía, animó con la espuela al caballo, y el noble animal partió como una flecha sin dar la menor señal de fatiga.

—Ya lo ve, Ud. mi teniente, continuó el dragón, montamos un legítimo pehuenche, y con la ventaja que llevamos podíamos desde aquí huir a vista del enemigo y chivatearlo hasta Santiago.

El movimiento del caballo lanzado a escape, sacudió violentamente al herido obligándolo a dar un quejido de dolor. El sargento tiró inmediatamente de las riendas y con la solicitud del hombre que cree haber hecho un daño y desea ser perdonado, exclamó:

—Perdón, mi teniente. He visto derramarse sangre en estos días y me había familiarizado tanto con ella, que pude olvidar que llevaba conmigo a un superior herido. ¿Quiere Ud. que nos detengamos? Acaso le hace sufrir mucho esa maldita bala?

—No te detengas Salazar, pero marcha al paso, mientras no nos persiguen. Creo que mi herida es grave; y si te pedí auxilio, a riesgo de estorbarte en la huída, fué porque es necesario a mi tranquilidad y a mi salvación que muera en Santiago.

—¡Morir! mi teniente ¿y por qué no habré de salvarlo de la muerte, como lo he arrancado de las garras de los sarracenos? ¿Por qué no ha de curarse para cobrar después su sangre?

—Ojalá así sea Salazar, pero tal vez esta herida me llevará el sepulcro. Tengo la bala dentro del cuerpo y en la confusión que reinará en Santiago no ha de serme posible el procurarme un cirujano inteligente que me asista, ni las medicinas y los cuidados indispensables para curar. No temo morir, sargento, pero antes de ese trance deseo verme en Santiago y en mi habitación, estar cerca de lo que llamo mi familia y poder recomendar a tus cuidados el único objeto que ocupa mi corazón después de la patria.

El teniente profundamente agitado, pronunció esas palabras con una expresión de sentimiento tan tierno, que Salazar, a pesar de su entereza, contestó conmovido.

—Cualquiera que sea el encargo que Ud. me haga, lo cumpliré mi teniente como si se tratase de una orden del servicio, o como si mi padre me lo hubiera pedido al morir.

Algunas sentidas palabras de agradecimiento se escaparon de los labios del herido. Conocíase que la promesa del sargento había calmado su angustia y aun parecía que una esperanza de vida brillaba sobre sus ojos.

Aquel militar de fisonomía tostada, de ceño adusto, de actitud imponente, cubierto de sangre y de polvo y con los vestidos despedazados en la lucha, habría inspirado terror a cualquiera que, sin detenerse, hubiera fijado en él la vista; pero si se exami-

naba aquella figura de soldado, bien pronto al terror sucedía la compasión y el interés, porque sobre ese rostro siniestro con la pólvora del combate brillaban dos ojos de expresión tan dulce y benévola que se comprendía fácilmente cuánta ternura y amor debía abrigar el corazón de aquel soldado. En los momentos de que nos ocupamos, esos ojos que reflejaban tan bien una bella alma, estaban tristemente empañados con algunas lágrimas.

Nuestros valientes continuaron el largo camino que los separaba de Santiago, a veces silenciosos y preocupados, a veces recordando los sucesos terribles en que habían sido heroicos actores. Aquellos hombres que se habían batido sin tregua durante tres días, aquellos perseguidos, de los cuales uno acaso debía morir de la herida recibida en el combate, hablaban aún de batirse y se dirigían a la capital con la esperanza de disputar el suelo de la patria a sus victoriosos enemigos. Salazar, siempre sereno, siempre solícito, cuidaba de aliviar los sufrimientos del herido al mismo tiempo que con mano firme dirigía el caballo y sostenía a su pequeño hermano.

En la noche de aquel día memorable, esos últimos restos de la gloriosa derrota del 2 de Octubre entraron a Santiago, tres horas después de los que habían escapado primero de Rancagua.

Uno de los objetos que llama la atención de todo el que cruza el puente de Calicanto en dirección a los barrios del norte de Santiago, es una antigua arquería que sirve de fachada a un edificio sentado entre el convento de los franciscanos descalzos y el monasterio de carmelitas.

Vistas a la distancia aquellas arcadas de ladrillo que por su poca altura, parecen levantarse con sentimiento de la tierra, de aspecto ruinoso y sobre las cuales el sol y la lluvia han arrojado un color pardusco, se presentan como los restos de algún claustro antiguo o como parte de alguno de esos pesados edificios de la Edad Media, conocidos en estos países sólo por descripciones de romances.

Una callejuela tortuosa, sucia y como escondida entre algunas de esas pobres habitaciones conocidas con el nombre de ranchos, cruza delante de aquel triste edificio. No es posible concebir que una familia o un individuo levantase esos sombríos y solitarias habitaciones para fijar en ellas su residencia, a menos que quisiese ocultar en aquellos sitios amargos desengaños, dolorosos recuerdos o remordimientos profundos.

Seis días después de los acontecimientos que hemos narrado en el capítulo anterior, la ciudad de Santiago abandonada por todos los que se habían comprometido en la causa de la independencia de Chile, sufría humillada el despotismo del ejército español triunfante.

El general José Miguel Carrera, jefe de los revolucionarios, había aunque en vano, hecho esfuerzos innúmeros para reunir las escasas tropas republicanas que quedaron en pie después de la derrota de Rancagua. Pero el desaliento reinaba en aquellos corazones poco antes tan enérgicos.

Muchos de los mismos que habían capitaneado a los patriotas en Rancagua, hablaban ya de abandonar a Chile y pasar a Mendoza para reorganizarse. Ni la voz poderosa de Carrera ni la seguridad con que prometía la salvación de la patria, si se cumplían sus órdenes, pudieron ser eficaces para contener esos jirones de un ejército heroico, pero destrozado en largos y terribles combates. Además, antiguas rivalidades del general O'Higgins con Carrera, ahogadas durante la lucha, renacieron más encarnizadas y más funestas en la desgracia.

Una parte de los republicanos y la más numerosa, seguía el pensamiento de los que, contra el parecer del general Carrera, no encontraban otro recurso que atravesar los Andes; y sólo un corto número de hombres resueltos pretendían con ese general que aun tenía la patria bastantes defensores para salvarse, si con táctica, energía y unión disputaban el triunfo a los enemigos de la república.

Desgraciadamente, como sucede casi siempre en esos momentos desesperados, el parecer de los irresolutos en mayor número, triunfó al cabo; y el general Carrera, con ese puñado de patriotas dispues-

tos aún a correr a los azares de la guerra se vió forzado a cerrar esa gran caravana de proscriptos que abandonaban el suelo de la patria, sin haber tenido la noble resolución de sucumbir disputándolo a sus enemigos.

El ejército del general Osorio había, pues, entrado a la capital cubierto aún con la sangre del último combate. La ciudad, agitada y temerosa comenzaba a sentir la mano terrible del vencedor. Las persecuciones se encarnizaban ya en algunas familias respetables. Los denuncios, las calumnias y las acusaciones, dirigidas por esos partidarios viles que se ocultan durante la lucha para presentarse halagando las malas pasiones del vencedor, tenían en agitación constante a todos los que no podían presentar pruebas auténticas de realismo. Las cárceles se llenaban para vaciarse en destierros terribles; y aun se hablaba con espanto de ejecuciones sangrientas llevadas a cabo entre las murallas de las prisiones, y en la obscuridad y en el silencio de las noches.

Los partidarios de la causa triunfante, se agitaban alegres y recorrían bulliciosos las calles de la ciudad, celebrando la vuelta de la bandera española y el exterminio de los audaces revolucionarios. Santiago, dividido entre el temor y la ansiedad del mayor número, la estrepitosa alegría de los afectos a la monarquía y la vocería insultante y grosera de los soldados vencedores, presentaba en sus barrios más populosos esa agitación febril que producen los grandes acontecimientos.

Pero ese movimiento, ese bullicio continuo tenía aún por límite una determinada circunferencia. Mientras los barrios en que alojaban los jefes del ejército y aquellos en que estaban los cuarteles de la tropa, resonaban con ecos de alegría o de embriaguez y desorden, los barrios más distantes del centro permanecían silenciosos y sombríos, como entregados al sentimiento de tanta desgracia.

La callejuela y los alrededores de la casa de que nos ocupamos en las primeras líneas de este capítulo, eran de esos lugares de Santiago que permanecían tranquilos en medio de la tormenta y como ajenos a todo lo que sucedía en el centro de la ciudad. El ruido monótono del agua que daba impulso a una rueda de molino, era el único sonido que turbaba el silencio de esos sitios. En esos momentos las arcadas que allí se levantaban tenían un aspecto más lúgubre y siniestro que de ordinario. Parecía ser aquel un recinto maldito abandonado por el hombre y destinado únicamente a destruirse en la soledad y el silencio.

Sin embargo, aquel edificio sombrío encerraba algunas habitaciones; y en su recinto tenía lugar una escena que se avenía bien con la tristeza del sitio.

La entrada de esa casa era un ancho pasadizo oscuro y húmedo y a cuyos costados se abrían extensas y desnudas habitaciones. Llegábase en seguida a una especie de galería o corredor, elevado cuatro o cinco pies sobre el nivel de la tierra, y el cual ro-

deaba por sus tres costados a un corral o patio de grande extensión.

En cada costado de esa galería, cercada con una mala balaustrada de madera, casi destruída por el tiempo, se abrían seis puertas angostas que daban paso a otras tantas habitaciones.

Algunos árboles crecían sin orden en aquel corral y venían a reposar como agobiados por el peso de sus ramas, sobre los techos o sobre la balaustrada de los corredores. Bandadas de gallinas y otras aves domésticas se dividían la posesión del terreno, atestiguando la presencia del hombre en aquellos lugares. Efectivamente esa casa de tan sombría apariencia, era habitada, desde tiempo atrás, por algunos viejos soldados retirados del servicio; por uno que otro sacerdote de esos rarísimos que huyen las pompas y riquezas del mundo para consagrar sus pensamientos a Dios, y en ocasiones por algún pobre estudiante de provincia que con poco gasto encontraba allí morada silenciosa para entregarse a sus estudios.

Ahora introduzcámonos en una de esas habitaciones abierta sobre la galería, acaso en la más sombría por hallarse en un ángulo del edificio.

Era una hora avanzada de la tarde, y los postreros reflejos del sol luchaban, para penetrar en aquella habitación, con las ramas de un nogal que extendía en aquel sitio sus sombras y con el color obscuro de las murallas. Alumbrado, pues, el interior

de aquella sala por una luz opaca, presentaba con tintes sombríos, un grupo de personas en derredor del lecho de un moribundo. En aquella miserable habitación y en circunstancias extremas, volvemos a encontrar a los héroes de nuestro primer capítulo.

Cumplíase por desgracia la triste predicción del teniente. Falto de recursos y sin la pronta asistencia de un cirujano hábil, sucumbía aquel valiente de una herida, peligrosa es verdad, pero acaso curable en circunstancias más prósperas. Salazar había podido llegar a Santiago con el herido y evitar las pesquisas de los enemigos, pero lo que no pudo hacer desde luego el generoso dragón, fué proporcionar al teniente los auxilios urgentes de la cirugía. ¿Cómo procurarse un cirujano de confianza en esos aciagos días en que todos los republicanos huían o se ocultaban? Confiar la curación del herido a uno de esos médicos que permanecían en Santiago merced a su reconocido odio a la revolución, era exponerse a una delación y a sus fatales consecuencias. Para esto habría preferido el teniente sucumbir en el campo de batalla. Siempre esa muerte es más brillante que la que se recibe en el cadalso.

En procurarse cirujanos y auxilios con la prudencia y la seguridad que las circunstancias exigían, transcurrieron algunos días durante los cuales la herida se agravó de tal manera que llegó la medicina a ser impotente. Cuando nos hemos introducido

a la pobre habitación del teniente, había este perdido toda esperanza de vida y ocupábase en hacer al sargento sus últimos encargos.

Con el rostro sereno, aunque teñido ya con la palidez de la muerte, el teniente se esforzaba por sacar de su pecho oprimido algunas palabras. Salazar conmovido y derramando lágrimas de dolor, tenía entre sus manos la derecha del herido y escuchaba sus palabras con religioso recogimiento. A los pies de aquel lecho, con la vista fija en el moribundo y sin demostrar ni temor ni sorpresa, aparecía el pequeño hermano del sargento, revelando en su fisonomía infantil una energía indomable.

Pero lo que daba a ese grupo un colorido de pureza y de hermosura admirables; lo que hacía olvidar la obscuridad y desnudez de la habitación; lo que parecía arrojar reflejos de luz sobre aquel lecho miserable, era la presencia de una niña de once años, de belleza tan pura, de expresión tan dulce que, conociéndola, hubiera Rafael borrado sus vírgenes porque esa fisonomía celestial las oscurecía.

Medio recostada sobre las almohadas del pobre lecho y cruzando su delicado brazo por sobre el cuello del moribundo, aquella criatura escuchaba sollozando las últimas palabras escapadas de esos labios que habían bien pronto de enmudecer eternamente. De vez en cuando el herido estrechaba sobre su corazón a esa niña y besaba enternecido su rostro angelical.

Al verla con su cabellera rubia y sedosa, con sus grandes y dulces ojos pardos sombreados por larga y crespa pestaña, con su cutis blanco y limpio como el de un ángel y con su fresca y pequeña boca entreabierta suavemente con las palabras de alguna oración, habríase creído que aquella niña era el guardián del moribundo dispuesto a llevar a Dios esa alma que se desprendía de la tierra.

—Hé aquí mi único consuelo, mi sola familia, dijo el teniente a Salazar, mirando con expresiva ternura a la encantadora niña. He amado una sola vez en mi vida. La muerte me arrebató pronto al objeto de ese amor, pero dejóme esta hija, y en ella he continuado aún más vehemente el cariño que tuve a la madre.

Eva, continuó, el moribundo, Eva mía, no olvides jamás a tu padre. Y luego, dirigiéndose al sargento:

—Amigo mío, haz con ella mis veces. Ampárala y procura su felicidad. Si la guerra contra los españoles te llama lejos de Chile, confíala a quien pueda amarla y cuidarla. Para eso usa ampliamente de las economías que la dejo.

—Lo haré así mi teniente, contestó Salazar enjugando una lágrima. La amaré como Ud. la ama; y cuando me aleje de Chile a reunirme con mis compañeros en Mendoza, la dejaré con un anciana de mi familia que la amará como a su hija.

—Gracias, Salazar. Ahora puedo morir tranquilo. En Rancagua habría muerto desesperado con

la idea de que mi Eva quedaba sin amparo alguno en una ciudad que abandonarían pronto mis amigos.

—Cuando te reunas con ellos, háblales de mí. Díles que muero republicano y que mi último deseo es la libertad de Chile.

Aquella escena habría conmovido al corazón más duro. En el silencio que reinaba en aquella habitación turbado apenas con los sollozos de la niña Eva, las palabras del moribundo resonaban con una solemnidad conmovedora.

En algunos instantes pareció que el herido tomaba alientos. Su respiración se hacía gradualmente más difícil. Su vista continuaba fija sobre las puras facciones de Eva.

Repentinamente el débil brazo del moribundo se contrajo con fuerza en derredor del cuerpo de su hija, y la niña se doblegó sin resistencia sobre aquel rostro sombreado ya con la muerte. El teniente con ansiedad febril buscó con sus labios los bellos ojos de la niña, y como si quisiese apagar una sed devoradora, mojólos en el manantial de lágrimas que el dolor le hacía derramar.

Aquel fué el postrer esfuerzo que hizo el alma enérgica del republicano. Sus labios animados por última vez se abrieron acaso para dar a su hija un adiós final, que expiró sin sonido.

La expresiva cabeza del teniente cayó en seguida pesadamente sobre la almohada...y Eva, lanzó un grito de dolor comprendiendo que ya no tenía padre.

APUNTES DE UN VIAJE AL SUR DE CHILE EN 1851

VALDIVIA

Dos cosas principalmente atraen la atención del viajero que visita a Valdivia: la espléndida hermosura de sus ríos, y los sólidos y atrevidos trabajos de sus fuertes. En las riberas de aquellos campea la naturaleza con toda su lozanía y su esplendor. Una multitud de árboles bellísimos sombrean las orillas de esos ríos, hunden sus ramas en el agua y arrojan a la corriente sus flores y sus hojas. Con un clima, menos riguroso, con una población más activa y con sus hermosos y cristalinos ríos, podría ser Valdivia la ciudad de los placeres, la morada del amor y de la poesía.

La ciudad de Valdivia, fundada por el conquistador de este nombre en el año 1552, alcanzó en corto espacio de tiempo un lugar superior en el rango de las poblaciones españolas en el territorio chileno. Por su situación era el fuerte avanzado de las pose-

siones del conquistador en el extremo meridional de Chile, y el centinela que detenía en aquella parte del territorio las atrevidas empresas de los araucanos.

Pero no era su importancia militar lo que daba a ese pueblo el esplendor y la riqueza que lo distinguían. Algunas leguas al noroeste se levantaba una pequeña ciudad bajo la tutela de Valdivia. Aquella población apellidada Villarrica anunciaba con su nombre los tesoros que encerraban sus tierras. Valdivia la enviaba jefes valientes que la gobernasen soldados que la defendiesen de los ataques del salvaje, y religiosos que mantuviesen el esplendor del culto católico y que alzasen en sus campiñas la cruz del Cristo, pero en cambio recibía de su pupila cuantiosas remesas del oro purísimo que criaban sus montañas.

La explotación de los lavaderos de Villarrica atrajo a Valdivia una multitud de negociantes y de aventureros ávidos de riquezas.

Espaciosos y poblados conventos se mantenían lujosamente en esa población, lo que era la mejor prueba del adelanto y riqueza de las ciudades en esos remotos tiempos. El gobierno español dotó a Valdivia con una casa de amonedación en atención a las inmensas cantidades de oro que allí se reunían y la guarnición más numerosa y los soldados más esforzados estaban siempre destinados a conservar y defender quella plaza. Era, pues, aquella parte

de Chile un tesoro que el conquistador cuidaba con la solicitud de un avaro.

El 24 de Noviembre del año 1600 la ciudad de Valdivia sufrió la suerte de las otras posesiones españolas en el estado araucano. Asaltada por los salvajes al mando del toqui Paillamacu, fué reducida a ruinas, bajo las cuales sepultóse la mayor parte de su población. La historia nos cuenta que las hordas araucanas hicieron en aquella plaza un botín de más de dos millones de pesos.

Rehabilitados de esos desastres los españoles cifraron su interés en repoblar a Valdivia. La ciudad renació al ruido de los combates dados en sus alrededores, y mientras los españoles pudieron mantenerse en posesión de Villarrica, y explotar los tesoros ocultos en sus montañas, Valdivia se conservó espléndida y brillante como la reina de aquellos lugares.

Pero cuando las lanzas araucanas arrojaron a la raza española de los campos de Villarrica y cegaron a la avaricia del conquistador las fuentes de sus lavaderos de oro, Valdivia perdió el brillo de su poder y el atractivo que llamaba a su seno una población emprendedora. Desde entonces se limitó a encerrar en su recinto la guarnición que la defendía de los salvajes; se redujo su pregonada riqueza a los doblones que la enviaba la capital para sueldos de sus defensores y apareció humillada, sin la esperanza de reconquistar su cetro y su corona.

Cuando comenzaba a olvidar los desastres de la guerra, haciendo desaparecer los escombros de su ruina, se presentaron cinco bajeles holandeses en las costas de Arauco. Las pregonadas riquezas de Chile excitaban la codicia del extranjero y esta tentativa era una prueba del interés que les inspiraba esta posesión española.

Los holandeses trataron de apoderarse de Corral como el puerto de donde el desembarco era más fácil y como la llave de Valdivia; esa ciudad con fama de ser el depósito del oro que producían los lavaderos de Villarrica. La escuadrilla holandesa hubiera probablemente puesto la bandera de su nación sobre los cerros de Valdivia, pero el océano se empeñó en guardar la posesión española. Una furiosa tempestad separó los bajeles amenazadores, y algunos de ellos estuvieron a punto de estrellarse contra las rocas del Morro Gonzalo. Mientras tanto el gobernador español encargado de la custodia del puerto, unía sus esfuerzos a los del mar, para desbaratar la empresa de los piratas holandeses. Estos viéronse al fin forzados a abandonar la bahía, no sin haber perdido las lanchas y los hombres que intentaron el desembarque.

Esta piratería de la Holanda y algunas otras de la marina inglesa, combatidas también por la violencia de aquellos mares, inspiró a los españoles la idea de fortificar el puerto de Corral como la entrada de Valdivia y como la única bahía de fácil

acceso en esas costas. La idea fué puesta en obra con la energía que caracterizaba a los españoles de esa época; se destinaron fuertes sumas para llevarla a cabo y poco tiempo después cinco gigantes de piedra y de ladrillo cerraban la entrada de Valdivia a las naves extranjeras.

Estas fortalezas se concluyeron en el último tercio del siglo XVII y recibieron los nombres de Nieblas, Cruces, Amargos, Corral y San Carlos. De éstas sólo dos quedan en pie... Las otras se han desmoronado bajo la mano del tiempo y apenas se conservan hoy los vestigios de su existencia.

El Corral y el Nieblas ostentan aún sus gruesas murallas atestiguando el poder y la energía de aquellos españoles, y desafiando al tiempo con su solidez formidable.

El castillo de Nieblas es la obra más atrevida que nos ha dejado el conquistador. Para formarlo han comenzado por tajar un alto cerro de piedra viva situado a orillas del mar. En las hondonadas formadas por las excavaciones se trazaron las plazoletas y calles del fuerte. De la piedra extraída se elevaron las murallas que lo rodean y amparan y los edificios necesarios para la guarnición. El material usado para afianzar unas a otras las piedras empleadas en esa obra, fué la mezcla de cal y arena, pero trabajada con tal habilidad que aun se conservan en el recinto restos sobrantes de esa mezcla endurecida por los años y aventajando en solidez a la

más dura piedra. Edificóse en el interior de esta fortaleza una capilla. Según las vagas noticias que tomé en Valdivia este edificio fué muy posterior a la obra del fuerte, y así no quedan hoy de él más que los escombros.

Puede decirse propiamente que el cerro de piedras sobre el cual está sentado el Nieblas, ha sido calado como un trozo de madera para trazar la fortaleza. Las olas del mar baten sus costados por el Oriente, por el Occidente y el Sur; hacia el Norte está ligado con una espesísima montaña, cuyo fragoroso camino comunica a la ciudad con el fuerte.

El Corral es la fortaleza rival del Nieblas. Hay en sus trabajos más arte, más propiedad si se quiere, pero no se admira en ellas la poderosa voluntad de los hombres que dominaban los mayores estorbos de la naturaleza a fin de conservar su poder.

Una espesa muralla de ladrillo unido con la mezcla de cal y arena, sirve de reparo al Corral. Las arenas del mar a cuya orilla está situado, se amontonan a su pie y apoya su espalda contra un cerro tajado a pico. La muralla exterior que lo circunvala forma una especie de ángulo abierto y mide hasta sesenta pies de altura. Dos torreoncillos la coronan, desde los cuales se extiende la vista a mucha distancia sobre el mar, y sirvieron seguramente de atalayas a los centinelas del fuerte. En el interior se edificaron espaciosas habitaciones con el objeto de abrigar la guarnición y para depósitos de los vas-

tos pertrechos de guerra necesarios para la defensa del formidable castillo.

El Corral cruza sus fuegos con el Nieblas y ambas fortalezas dominan y cierran la entrada de la bahía.

En derredor del Corral se ha creado con los años una pequeña población compuesta en su mayor parte de las gentes de mar, empleadas en la capitanía de aquel puerto. Pero ni el aspecto risueño de las casuchas que lo rodean, ni el movimiento y alegría de aquellas gentes, hacen cambiar al gigante su fisonomía adusta y amenazadora.

La vista de esas obras monumentales, el aspecto sombrío de sus murallas y el zumbido de los vientos que azotan constantemente las aguas de aquella bahía, imprime en el alma del viajero un solemne recogimiento que lo transporta a la época de la conquista. La imaginación puebla fácilmente esos lugares con los hombres y los objetos de aquel tiempo heroico. Sobre esas formidables murallas se divisa flotar la bandera española; por entre las grietas del muro brillan las armaduras de los guerreros, en el torreón aparece el centinela inmóvil, asomando el mosquete por la ventanilla que le muestra al enemigo, y al través de las troneras se asoman los cañones como ojos terribles que fijan sus miradas amenazantes sobre los que osen encarárseles.

La energía y el poder de la raza española (en aquellos tiempos) se revela a la vista de esas obras.

¿Qué habrían llegado a ser las colonias españolas si sus conquistadores hubiesen gastado sus tesoros y empleado su energía y actividad en obras de interés común, en monumentos útiles a la industria y a la humanidad? ¿ A qué altura habrían llegado estos pueblos, si en lugar de gastarse el tiempo, el dinero y las fuerzas del hombre en formidables castillos y en una guerra aventurada y tenaz, se hubiera dedicado el conquistador a cultivar y adelantar el terreno pacíficamente poseído? En presencia de los monumentos del poder español se admira la grandeza de esos conquistadores como guerreros, pero se les culpa como colonizadores. Cuidaron más de afianzar sus conquistas por la fuerza de las armas y por el influjo del terror, que por el halago del bienestar material y por los encantos de la civilización. Por eso nos legaron el atraso y las preocupaciones, por eso las repúblicas sudamericanas tienen tanto que luchar todavía para lanzarse en el camino de la reforma y de la libertad.

Por desgracia no son esos monumentos de guerra los únicos vestigios que nos quedan del poder español. Aún conservamos sus embrolladas y restrictivas leyes; aún viven sus ideas y principios en ese círculo que se condecora con llamarse pelucón, y que por fatalidad tiene aún poder y lo emplea para hacer el mal. La revolución y el tiempo han sido hasta hoy impotentes. Los odiosos vestigios de la colonia resisten aún al uno y a la otra.

Quiera Dios que no esté distante el día en que se destruyan los sombríos monumentos de la guerra para reemplazarlos con el taller de la industria, y en que la revolución en las ideas despedace los códigos del absolutismo para basar nuestras instituciones y leyes en la libertad y la tolerancia.

A la vista de los resultados de la dominación española, es hasta cierto punto justificable el odio con que los suramericanos hemos mirado a los hombres de nuestra sangre, a los que transplantaron en estos países la religión del Cristo y la hidalga raza española.

Dominado por las impresiones sentidas en presencia de las antiguas fortalezas, entré en el río de Valdivia, cuyas aguas debían conducirme a la ciudad que le da nombre. *La Golondrina*, pequeña goleta en que hacía mi viaje, cortaba con violencia la corriente del río impulsada por la creciente del mar. El Valdivia llamado también el Calle-Calle, de mansa y cristalina corriente, se desliza encajonado entre pequeños lomajes, cuyas arboledas vienen a reflejarse en sus aguas y a arrojar sobre ellas gratas sombras. La naturaleza domina en aquellas riberas con todo su esplendor salvaje. Es raro ver allí la mano del hombre. En las nueve millas que se cuentan desde el puerto a la ciudad, se divisan apenas cuatro o seis habitaciones de alemanes, cuyo terreno ha sido penosamente conquistado a los robustos árboles.

El viento y la marea condujeron a *La Golondrina* en corto tiempo a la vista de la ciudad. Aquella población que lleva el nombre del más ilustre de los conquistadores de Chile, aparece con aspecto de extrema pobreza. Sus edificios se levantan mezquinos y raquíticos al lado de las altas y densas arboledas que los circundan; verdad es que no hay uno solo que pueda llamar la atención. Por lo regular aquellas habitaciones de madera, construídas sin gusto ni arte alguno, representan la indolencia de sus habitantes. Los techos y murallas conservan generalmente el color sombrío que toma la madera expuesta a la intemperie, lo que aumenta mucho la fisonomía triste y desaliñada con que se presenta la ciudad.

El pasado esplendor de Valdivia lo atestiguan únicamente sus fortalezas y las ruinas de algunos de sus grandes edificios del siglo XVII. Al oriente de la población y a orillas del río se levantan hoy pequeñas colinas formadas por los escombros de un templo de la Merced: a juzgar por los restos aquel edificio debió ser de gran magnitud. En esas ruinas cubiertas hoy de hierba arraigan multitud de manzanos y una que otra miserable habitación ha venido a ocupar el sitio del antiguo templo.

La población valdiviana que poco tiempo antes de ahora estaba completamente entregada a la pereza comienza a presentar aspecto de actividad. Los alemanes van introduciendo en aquella pobla-

ción el movimiento de la industria y del trabajo y grandes ventajas reportará esa provincia, si esos europeos hallan en ella los estímulos que necesita el hombre industrioso.

En la época en que visité esa provincia había un empeño decidido en probar que los terrenos de Valdivia eran tan feraces como los que más para el cultivo de los granos de general consumo, como el trigo, el maíz, etc. Entiendo que de esa manera se pretendía atraer más fácilmente la colonización. Los resultados de esa manera de obrar fueron fatales, los colonos llegaban llenos de perspectivas risueñas y con la seguridad de hallar terrenos limpios y feraces que cultivar: en poco tiempo de prueba recibían duros desengaños y regularmente o abandonaban a Valdivia o se contraían a ejercer allí industrias que ni les daban para vivir, ni dejaban ventajas a la provincia.

Los terrenos de Valdivia pacíficamente ocupados, no son, pues, como generalmente se cree, manantiales de riqueza para la agricultura. Aquel suelo que sustenta tantos y tan robustos árboles es débil e ingrato para el desarrollo de granos.

Todos los terrenos sujetos en aquella provincia a la jurisdicción del Gobierno de Chile pueden clasificarse en estas tres divisiones.

Los hualves: terrenos fangosos o médanos.

Los huapis: cortas extensiones planas a las riberas de los ríos.

Las lomas.

Los primeros son de todo punto inútiles para el cultivo. En una región tan lluviosa como aquella, sería muy difícil enjutar esos terrenos hasta dejarlos en disposición de recibir y fecundizar las semillas.

Los segundos son las angostas fajas contenidas entre los ríos y las lomas. Indudablemente es este el terreno más fecundo en aquellos lugares; pero durante ocho meses del año permanece bajo las aguas en la creciente de los ríos y a consecuencia de las lluvias.

Las lomas, más o menos elevadas, constituyen, propiamente hablando casi todo el territorio de Valdivia sujeto a las autoridades chilenas. La mayor parte de esas lomas están cubiertas de espesísima montaña, de manera que conquistar el terreno a las raíces y a los troncos de árboles es obra que demanda gastos tal vez superiores al mayor precio en que pueden avaluarse esas tierras.

La parte de aquella provincia conocida con el nombre de Los Llanos no es otra cosa que una extensa sucesión de lomas limpias de montañas, pero no ofrecen grandes ventajas al sembrado de granos por estar formadas de tierra colorada, que , a juicio de los inteligentes, es poco a propósito para el desarrollo de los cereales y otros granos de general consumo.

Aparte de estos inconvenientes con que se estre-

lla en Valdivia la industria agrícola, hay en esa provincia veneros inagotables de riqueza que podrían ser fácilmente explotados por la colonia alemana.

Desde luego era urgente que el Gobierno impulsase la movilidad de la colonia, proporcionándola los medios necesarios para derramarse en la provincia, estableciéndose en todos los departamentos que la componen.

La introducción de buenas semillas para las siembras es otro de los puntos principales a que debe atender el gobierno. Si las tierras de Valdivia no son las más fecundas para producir el trigo, tienen al menos la fuerza necesaria para desarrollar esta semilla, multiplicándola lo suficiente para la cómoda subsistencia de los que la siembran. En Osorno y la Unión una fanega de trigo rinde doce de cosechas, 'pero la harina que produce se resiente en el color y en el sabor de la mala semilla que se usa.

El lino es una de las producciones de Valdivia que ofrece inmensas ventajas a la industria que lo explote. Los alemanes podrán fácilmente beneficiarlo sin que para ello necesiten cuantiosos capitales. Una compañía de lineros había llegado a Valdivia, pero aún no había principiado sus tareas. El gobierno debería de algún modo ponerla en camino y no dejarla entregada a sus propias fuerzas.

El corte de maderas es el principal trabajo a que

debe consagrarse la colonia. En la actualidad es difícil y costosísimo acarrear desde el interior de las montañas a los lugares de embarque el pellín y el alerce que son las maderas más apreciadas. El último de estos árboles se encuentra únicamente en lo más espeso de las montañas, de donde no es fácil extraerlo sin gran costo, a causa de las dificultades del terreno. Será, pues, necesario que el gobierno se empeñe en facilitar los medios de comunicación entre las montañas y el mar, y no es tan difícil trazar caminos por donde pueden ser conducidas las maderas cortadas. Algunas personas conocedoras de esos lugares creen que podrían a poca costa abrirse caminos que comunicasen las montañas de Corral con el puerto de este nombre; y es sabido que el interior de estas montañas está cubierto de ricas maderas de construcción.

También pequeñas embarcaciones de vapor en el río Bueno abrirían a la industria esas montañas vírgenes, en donde el alerce y el pellín ocultan a la luz del sol la tierra que los sustenta.

CRÍTICA LITERARIA

EL CUENTO ENDEMONIADO

Antes de pasar adelante, declararé que no estoy conforme con algunas de las opiniones que emite el señor Matta en el prólogo de su bello libro. Según él, hay en Chile añejas preocupaciones contra la poesía y las atribuye a *carencia de melodías* en nuestra sociedad.

Convengo en que nuestra sociedad se ha mostrado durante mucho tiempo casi completamente ajena a los encantos de la poesía y hasta cierto punto hostil a las creaciones de ese arte divino; pero ¿deberemos achacar esta indolencia a su *carencia de melodías* o culparemos a los que, sin genio y sin estudios han cultivado entre nosotros la poesía, dando parodias de los cantos del genio?

Yo acepto la segunda parte de esta disyuntiva y creo que harta razón ha tenido nuestra sociedad para fastidiarse con la llamada poesía nacional, puesto que no tenía de ella otras muestras que algunas producciones, fruto de imaginaciones extraviadas.

Desde que nuestros poetas han abandonado las ridículas exageraciones con que pretendían dar brillo al pensamiento; desde que se han consagrado al estudio de los antiguos poetas españoles, abandonando la servil imitacion de los modernos, y sobre todo, desde que han expresado sus ideas con mejor estilo y de una manera clara y concisa, la poesía ha tomado en nuestra sociedad la altura que la conviene y es acatada como la expresión de un pueblo civilizado.

El autor del libro que me ocupa tiene en su persona una prueba de lo que dejo dicho y las tendrá mayores si consagra su juventud y su rica imaginación a producir obras como la presente.

El Cuento Endemoniado no es una de esas leyendas ajustadas a las absolutas reglas de la narración y en la que el lector encuentra una historia que se desanuda lentamente hasta llegar a un desenlace.

Fantasio es el héroe de este pequeño poema. El autor nos lo presenta completamente abandonado a las voluptuosas caricias de una belleza,

A quien el mundo Clarimunda llama
Y a quien Fantasio locamente ama.

Esta mujer de fisonomía de ángel, no es otra cosa que un ser diabólico, venido al mundo bajo seductoras formas para lograr la perdición de un hombre. Fantasio llega a concebir por esa mujer un amor inmenso, una de esas pasiones que como el fuego,

devoran lo que tocan. Hay un momento en que Clarimunda, como anunciando a Fantasio el desenlace de sus amores, le dice:

¿No piensas, dime, llegará un momento
En que el incendio rápido, incesante
Todo consuma y en castigo eterno
Nos condene a las penas del infierno?

y él, cada vez más apasionado, contesta:

El infierno, el infierno! Necedades!
El infierno es no ver tus ojos bellos

Así, en medio de voluptuosos transportes, aquel espíritu infernal arrastra a su víctima, embriagándola con palabras de amor y con caricias voluptuosas.

Pero llega un instante en que el héroe del poema despierta de su sueño de amor para encontrarse en el abismo que da entrada a la mansión infernal. Entonces su hermosa Clarimunda se ha transformado en el genio del mal, coronada

De una aureola de fuego que despide
Igual, roja, sulfúrea llamarada.
Fantasio poseído de un pánico terror pretende huir y veloz se precipita;
Mas, al salvar el pórtico encendido
Por un brazo se siente detenido.

El autor pinta en seguida la lucha de Fantasio

estrechado entre los brazos del demonio, que lo arrastra sin piedad al fondo de su morada. En vano la víctima grita desesperada:

Mujer, demonio, Satanás caído,
Jamás, jamás me arrastrarás contigo,
Yo detesto tu amor, yo te maldigo.

Satanás le responde terrible:

No hay salvación, tu perdición es cierta.

Hay en seguida, algunos bellos versos en que el señor Matta describe admirablemente los esfuerzos impotentes de la víctima para salvarse de su fatal destino.

En los siguientes rasgos el lector debe sufrir a la par con Fantasio:

Trémula, yerta
Siente Fantasio vacilar su planta
Ante el hórrido monstruo que le espanta.
Ya va a ceder; sus nervios oprimidos
Débiles ¡ay! a resistir no alcanzan;
Ofuscados de miedo los sentidos
Fallecen mientras más sus pies avanzan,
Ya aspira los alientos encendidos
Del monstruo horrible, ya los diablos danzan
En la órbita de horror que los atrae;
Se hiela su alma, ya vencido cae.

Pero Fantasio, aunque huérfano, había tenido una de esas madres modelo de ternura y de abnegación; una de esas madres que desde la tumba velan por la existencia de sus hijos. En los momentos de sucumbir se acuerda de ella y exclama: Madre mía, salvadme. Esta evocación destruye el poder del infierno: el hijo es salvado por la que le dió el ser, *que en una nube pura, cándida aparece.*

Fantasio, después de esto, quédase dormido y desaparece de su existencia el encanto que lo ligaba a Satanás.

El autor concluye aquí su poema:

En cuanto al héroe de él
Después del caso extraño
No se le volvió a ver; y nadie pudo
Saber si se hizo fraile o ermitaño.

Esta leyenda es una especie de mosaico en donde el autor ha embutido mil bellas ideas, formando así un todo en que se mezcla lo serio y lo burlesco, lo tierno y lo sarcástico, el llanto y la risa.

El señor Matta, con una imaginación fecundísima y rica en pensamientos, ha tenido necesidad de desahogarse y ha escrito las páginas que me ocupan. El no ha querido, como dije antes, forjar un poema de variados incidentes y romanescos episodios: su pretensión ha sido, contar sus sentimientos, revelar sus emociones, y para ello se ha ensayado en ese género de composiciones narrativas que tanta analogía

tienen con el don Juan, de Byron, y con el Alberto, de Gauthier, y en donde las digresiones vienen a formar la parte principal.

El autor nos impone del objeto con que ha escrito su libro, cuando dice:

Quiero con mis pesares divertirme,
Maldecir, delirar, soñar, reirme.

Y luego, como clasificando su obra, agrega:

En mi poema vagarán unidos
En distinta armonía y varios sones
Sombras de amor, imágenes queridas,
Esperanzas, delicias, ilusiones,
Y por siniestras voces repetidas
Risas, quejas, sarcasmos, maldiciones
En un todo compacto; este conjunto
De mi cuento ideal será el asunto.

Al leer este cuento, la imaginación del autor aparece como uno de esos torrentes largo tiempo contenidos, que después de acumular gran volumen de aguas, se precipitan sobre los campos, ya impetuosos, ya mansos, ya destructores, ya benéficos. Fantasio, más que un héroe de un poema, parece ser la imaginación del poeta personificada. De esta manera el señor Matta canta sus decepciones, revela sus creencias, pinta sus deseos y vaga libremente por los campos de la fantasía.

Quisiera detenerme largamente en las páginas del libro del señor Matta; pero la estrechez de esta revista no me permite hacerlo. No dejaré, sin embargo, de recomendar a los aficionados a los buenos versos el canto tercero del *Cuento Endemoniado*, en el que hay bellísimas octavas que he leído con tanto placer como las estrofas del Child Harold.

Los Delirios, es otro canto lleno de ternura, y las páginas en que el autor habla de ese Ser sublime que nos da la vida y a quien llamamos madre, son acaso las más bellas de su libro. Permítaseme copiar aquí las dos octavas siguientes de esta parte del *Cuento Endemoniado*.

Una madre! una madre es la primera
Blanca estrella de amor que pura brilla
Junto a la cuna y en la incierta esfera
Do vaga pura la niñez sencilla;
La voz que en el dolor nos dice: espera,
Puerto de salvación, última orilla
A donde llega el náufrago del mundo
Para aguardar la paz del moribundo.

Una madre es la luz, es la existencia,
Es el único amor que no concluye,
Que dentro el corazón, como una esencia
Que purifica, esparramada fluye.
Cuando abate el pesar toda creencia,
Jamás esta creencia se destruye
Y queda en nuestras almas tan asida
Que parece la hiedra de la vida.

Como una muestra de la diferencia de entonaciones que el autor sabe tomar, léanse las dos preciosas octavas con que principia el canto primero, dicen así:

¡Qué azul está la mar! ¡Con qué dulzura
En la playa sus ondas se dilatan,
Y del alba la nítida hermosura
En sus cóncavos círculos retratan!
Como un mosaico, en su extensión oscura
A los rayos de luz, los rayos se atan;
Entre tanto que el sol con roja tinta,
Alzándose del mar las brumas pinta.

¡Qué quieta está la mar! ¿Qué hacen las naves?
¿Por qué no sueltan las dormidas lonas
Para henchirlas de céfiros süaves
Y dirigir la proa hacia otras zonas?
Fortalezas del mar, navíos graves,
Id en pos de riquezas y coronas,
Y dad como Cristóbal, como Vasco,
Con un nuevo hemisferio, un nuevo chasco.

Como una nueva prueba de que el señor Matta maneja con felicidad esa poesía burlesca e irónica en que sobresale Mora elijo entre otras, al acaso la siguiente octava:

En las lides de amor se necesita
Más que valor, muchísima prudencia,

Poca pasión con la mujer bonita
Y un si es no es de vaga indiferencia,
El peligro menor así se evita
Y todo amor mezclado de indolencia
Encierra tal encanto, tal belleza,
Que nos da un nuevo halago en la pereza!...

Si hubiera de citar aquí todas las estrofas que me parecen lindísimas en este poema, me vería obligado a hacer al lector de este artículo casi una segunda edición de la obra del señor Matta.

Una observación más tengo que hacer, antes de concluir estas líneas, y es la independencia con que el autor del Cuento Endemoniado escribe su pensamiento sin sujeción a las mezquinas trabas de las preocupaciones. Otros reprocharán al señor Matta eso que llamarán atrevimiento. Para mí esa franqueza no sólo es digna de elogios, sino que, si me fuera permitido, la aconsejaría como un medio de dar más campo a los vuelos del genio.

Aún no puedo formar juicio del segundo cuento con que el señor Matta concluye su libro. Por la ligera lectura que de él he hecho, lo he considerado digno del autor del Cuento Endemoniado. Tal vez en otra ocasión podré ocuparme de esa leyenda.

Como personalmente interesado del esplendor de la poesía en Chile, no concluiré estas líneas sin recomendar al señor Matta una constante dedicación al estudio de los antiguos poetas españoles, no sólo como excelentes modelos de expresión elevada

y de buena poesía, sino también como un buen estudio del idioma. Una de las faltas más comunes a los que cultivamos en Chile el lenguaje de las musas, es la poca precisión con que escribimos la lengua castellana; falta que acaso es el resultado de los poetas franceses en donde buscamos comunmente inspiraciones.

Cuando nuestros jóvenes poetas hayan comprendido que la pureza del idioma es una de las galas con que mejor luce la poesía, tendremos aventajados escritores que desmientan aquel dicho vulgar de que: *en Chile no nacen poetas.*

El señor Matta ha evitado la mayor parte de los defectos comunes a nuestros escritores en versos; y su lenguaje es, con pocas faltas, claro y correcto. Tengo la seguridad de que este joven poeta dará lustre a la musa chilena, y espero que apoye mi juicio publicando sus bellas composiciones.

INDICE

Págs.

Con don Eusebio Lillo, por don Carlos Silva Vildósola.. 7

FLORES

El Junco..... 21
A la Violeta..... 29
A una Reseda..... 34
A una Madreselva..... 37
Las flores..... 38

POESIAS VARIAS

Dos almas..... 45
Rosa y Carlos..... 48
A Matilde..... 51
El Imperial..... 54
Recuerdos de Santiago..... 59

Págs.

Lima. 63
A una Guayaquileña. 66
A la niña M. 68
Consejo. 69
El Poeta y el vulgo. 70
Deseos. 71
Poesías. 73
El Poeta y el Picaflor. 75
A la señorita F. F. 78
No te olvides. 80
A la señora Rosario Vergara de Astaburuaga. 83
José Romero. 85
Soneto. (*Fugaces brisas de la fresca tarde*). 89
Soneto. (*Feliz me considero en el estío*). 90
Soneto. (*Me place recostado y soñoliento*). 91
El Alba. 92
A. 93
Plegaria. 96
Ausencia. 98
Una lágrima. (Canción). 100
En un álbum. 101
El pescador. (Imitación de Gauthier). 103
La moribunda. 105
El 31 de Diciembre de 1878. 107
A Isidora. 108
Invierno. 110
Poesías inéditas. (Del Album de la distinguida señorita doña Dolores Olañeta). 111
A la señora Catalina Vildósola de Murillo. (Soneto). . 114
A Emilio Rodríguez Mendoza. (Soneto). 115
La Escuela (Himno). 116
A las alumnas del Colegio de Educandas de Sucre. . . . 119

POEMAS

Págs.

Introducción a una leyenda titulada «Loco de amor». 125
Recuerdos del proscripto. 134
El Angel y el Poeta. Fantasía. 144

CANCION NACIONAL DE CHILE

Canción Nacional de Chile. 161

PROSA

Episodio de una Novela inédita. 167
Apuntes de un viaje al sur de Chile en 1851. Valdivia. . 185

CRITICA LITERARIA

Un cuento endemoniado, por Guillermo Matta. 201